

Falla Sánchez, Ricardo
TESTIMONIOS: PUEBLOS ORIGINARIOS EN LA CENTROAMÉRICA CONTEMPORÁNEA
Anuario de Estudios Centroamericanos, vol. 39, 2013
Universidad de Costa Rica
San José, Costa Rica

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=15233381018>



CEA.LIBRARY.BC.VZOR

Anuario de Estudios Centroamericanos,
ISSN (Versión impresa): 0377-7316
oscarf@cariari.ucr.ac.cr
Universidad de Costa Rica
Costa Rica

TESTIMONIOS: PUEBLOS ORIGINARIOS EN LA CENTROAMÉRICA CONTEMPORÁNEA

Ricardo Falla Sánchez
Correo electrónico: rfallasj@gmail.com

Recibido: 9/10/2011 Aceptado: 9/7/2013

Introducción

Presentamos a continuación una serie de testimonios vivenciales de personas indígenas de Centroamérica. Quisiéramos poder vincular sus presentaciones a los videos tomados mientras hablaban para observar sus rostros, la expresión de sus gestos, sus trajes y para escuchar la entonación fuerte de su palabra, matizada por la pronunciación del país de Centroamérica de donde proceden. Tal vez eso sea posible en una edición digital. Los videos están disponibles en www.

¿Dónde, cuándo, por qué se produjeron estos valiosos testimonios? Los jesuitas de Centroamérica solemos tener cada año, en septiembre, un Seminario de análisis social con la finalidad de mantenernos al día frente a los cambiantes problemas del mundo, sensibilizarnos ante ellos y llegar a conclusiones no formuladas pero consensuadas semi-inconscientemente sobre líneas de acción. Cuando digo “jesuitas” estoy simplificando. Me refiero a miembros de la Compañía de Jesús, pero también a los colaboradores no jesuitas, mujeres y hombres, que trabajan en sus obras, como universidades, parroquias, colegios, centros sociales, etc.. Tanto jesuitas como laicos/as -así les llamamos a estos últimos- conformamos una Comisión de Apostolado Social que es la que organiza estos seminarios. Somos doce en ella.

Los temas de otros años han sido, por ejemplo, el Tratado de Libre Comercio, la juventud como eclosión de una época, la migración internacional, las relaciones de género, etc. El tema escogido para 2011 fue el de Centroamérica y los Pueblos Originarios.

En años anteriores ya se venía sintiendo cierto malestar porque en las temáticas nuestras invisibilizábamos la presencia de los pueblos originarios, y hubo algunos que protestaron fuertemente porque esto no era justo ni provechoso para un análisis que se orientara a la praxis de fe y justicia. Por eso, escogimos para el seminario de 2011 dicho tema, con el fin de encararlo de frente o para que los pueblos indígenas en sus representantes nos miraran de frente a nosotros, mayoritariamente no indígenas de la Comisión y de las obras jesuitas.

Quisimos, entonces, sentarnos a escuchar. No a predicar, ni a discursar, como solemos hacerlo elevándonos a lo abstracto, sino a escuchar a este mundo indígena invisibilizado y explotado. Pero no solo queríamos escuchar su discurso, tal vez aprendido de nosotros, o su lucha social y política, sino su experiencia, lo más viva posible. Por eso les insistimos al invitarlos si podían hacernos el favor de hablar de su persona. Sabíamos que es difícil hacer esto ante mucha gente, pero si se creaba el ambiente tal vez lo lográbamos. Por eso, en los testimonios que siguen, aunque son de personas luchadoras y dirigentes de organizaciones populares en su mayoría, sobresale la experiencia de la discriminación desde la niñez, la violencia doméstica y la pobreza del hogar.

A la vez invitamos a personas expertas, algunas de ellas indígenas, para que contextualizaran los testimonios de cada país, para que en un segundo paso, después de los testimonios, nos ofrecieran los instrumentos internacionales al alcance para la defensa de los derechos de los pueblos originarios y nos dijeran no solo cuáles son las grandes amenazas que les trae la globalización, cosa que es más conocida y aplastante, sino, en

positivo, cuál es el aporte de estos pueblos al mundo y a Centroamérica en este momento de globalización, así como qué efectos positivos para su lucha les podría ofrecer la ésta. Este último aspecto no aparece en los testimonios. La persona que los lee puede sacar sus propias conclusiones. Tampoco las conferencias de personas expertas aparecen aquí. Solamente ocho de los mejores testimonios.

La finalidad del Seminario era sensibilizarnos mutuamente, personas de las obras jesuitas y personas del mundo indígena, analizar tendencias y causas y entrever líneas de acción, pero no necesariamente concluir con una denuncia, por ejemplo, aunque hubo intento de ello, ni con la formación allí, al final del Seminario, de una red. La finalidad de este Seminario, como la de los que solemos organizar, es solo sembrar con la esperanza de que la buena semilla germinará. Por ejemplo, la publicación de estos testimonios no estaba contemplada. Surgió después, como lo diremos adelante.

El Seminario se realizó del 20 al 22 de septiembre de 2011 en el Centro Loyola de San Salvador. Previamente en la Comisión se discutió el lugar. ¿Por qué hacerlo en El Salvador y no en Guatemala, donde la mitad de la población es indígena? Sí, es cierto, dijimos, pero en El Salvador vimos que se está dando un proceso de visibilización de los pueblos originarios que podía darnos una perspectiva centroamericana. Después de la matanza de 1932, cuando “ser indio era morir”, como dijo una mujer náhuatl en el Seminario, los pueblos indígenas tuvieron que esconder su identidad para sobrevivir. “En El Salvador no hay indígenas”, se llegó a decir. Entonces, pensamos que sentir y tocar algo de su fuerza visibilizadora sería muy provechoso para los otros países de Centroamérica, excepto Guatemala, donde son mayoría. También, para el personal de las obras jesuitas que frecuentemente dicen “sí, ese es tema, no nuestro, porque aquí casi no quedan indígenas” el

tema sería muy provechoso para que se dieran cuenta del sustrato de identidad oculta que hay en la población mestiza que busca sus raíces.

Los participantes estables fueron 71. El número subía a veces con visitantes de El Salvador. De Guatemala hubo 23, de El Salvador 11, de Honduras 16, de Nicaragua 14 y de Costa Rica 7. Ni Chiapas ni Panamá, aunque fueron invitados, llegaron. A Belice no lo invitamos, se nos pasó.

Dentro de esas 71 personas hubo 27 personas indígenas, es decir, más de un tercio. Y dentro de estas 27 personas, como se puede ver en el cuadro de abajo, hubo 16 que expusieron, ya sea su testimonio, ya sea una ponencia. Las personas que expusieron su testimonio fueron 12, 6 mujeres y 6 varones. De estos 12 testimoniantes, se escogieron para publicación los 6 testimonios de las mujeres y 2 de los varones, para un total de 8.

Cuadro 1
Personas indígenas que expusieron en el Seminario

País	Testimonio		Ponencia de experta/o		Total
	Mujeres	Varones	Mujeres	Varones	
Guatemala	1	2	1	1	5
El Salvador	2	0	0	0	2
Honduras	2	0	1	0	3
Nicaragua	0	3	1	0	6
Costa Rica	1	1	0	0	2
Total	6	6	3	1	16

Fuente: Elaboración propia.

La idea detrás de escoger los testimonios de todas las mujeres fue de resaltar una tendencia muy fuerte que se está dando en los pueblos originarios, creemos que no solo de Centroamérica, sino del mundo entero. Esta es el gradual pero rápido empoderamiento de

las mujeres para liberarse del patriarcado que han venido sufriendo al interior de sus propios pueblos. Este patriarcado “no es cultura, es violencia”, dirá una de las testimoniante.

Con la idea de ampliar el público le pedimos al Departamento de Audiovisuales de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas de El Salvador que filmara todo el evento y que al final del mismo nos entregara a cada participante el archivo editado de media hora para que pudiera ser aprovechado en los países y grupos de la región. Así lo hizo. Y además nos entregó a la Comisión ocho archivos con la totalidad del Seminario. Gracias a este trabajo imponente y a otra grabación independiente se pudo luego transcribir los testimonios.

Sabiendo de la posibilidad de transcribirlo, Carlos Sandoval García, director del *Anuario de Estudios Centroamericanos*, tuvo el interés de publicarlos. La transcripción es fiel, pero se han eliminado repeticiones o tartamudeos para que la lectura sea más fluida. En todos los casos se pidió permiso a las personas testimoniante, ya sea antes de que hablaran o después. En algún caso, la persona mandó un escrito corregido. En otros casos, en el video se puede apreciar al leer el testimonio que la persona está hablando con una presentación *PowerPoint* de ayuda.

No quiero ahora aventurarme a teorizar a propósito de los ocho testimonios. Solo quiero apuntar a ciertas tendencias que aparecen, sea como amenazas, sea como oportunidades, que tal vez le ayuden al lector/a a iniciar su propia reflexión o investigación a partir de estos testimonios. Menciono ocho, pero se pueden encontrar más. Todas están interconectadas, pero las enumeramos aparte.

Ya pude distinguir lo que pasaba en mi vida (Thelma)

Primero, el racismo se experimenta desde la niñez más que antes, porque ahora las escuelas incluyen más y más niños y niñas indígenas. Esto sucede hasta en los rincones de las montañas y las playas más alejadas del país (Apolonia). Al salir de sus hogares, ellos/ellas comienzan a experimentar lo que es el sistema educativo con otros niños y niñas que los insultan (“morena cachuda”) (Miriam), con maestros y maestras que no saben su lengua, ni conocen su cultura, y los menosprecian, desprecian o violentan (Irma Alicia, Miriam, Thelma). El resultado es que esos niños y niñas indígenas van sintiendo que valen menos, se avergüenzan de su cultura y su lengua, esconden su identidad y reniegan insensiblemente de sus antepasados y de la cultura de su pueblo, como si todo eso fuera un atraso. Este proceso de erosión cultural e identitaria se da en las escuelas o institutos, a la edad de la niñez o de la juventud, dependiendo del espacio donde se encuentran con la cultura dominante. Sin embargo, hay muchas personas, no todas, pero crecientemente más, que entran en una fase de la vida cercana al fin de la juventud, cuando con la ayuda de otras personas y organizaciones toman conciencia de la discriminación racial, “la distinguen” y le ponen nombre, comenzando así un proceso fuerte de reconquista de la identidad. Las personas que son sujeto de este proceso conforman un movimiento, no organizado muchas veces, y van construyendo una nueva cultura, aunque hagan referencia continuamente a la de los antepasados. Al posesionarse de su propio yo colectivo, inician una etapa en que se rechaza en bloque lo aprendido a través de agentes discriminadores, en cuenta, los sistemas religiosos occidentales, contemplándolos como efecto de la imposición de la conquista de los españoles en el siglo XVI. La radicalidad del movimiento que surge es un arcoiris de posiciones. Una cosa es la palabra y otra las acciones. El posicionamiento definitivo de las personas que pertenecen a este movimiento amplio depende mucho de las alianzas que necesiten para sobrevivir en el difícil contexto de la escasez de empleos y de

fraccionamiento de la sociedad. El Estado, ese mismo Estado racista, suele ser una fuente de cooptación. La radicalidad, entonces, se sacrifica en aras de la vida cotidiana y del sentido común.

Sacan el oro ya en maquetas y lo llevan a Canadá (Humberto)

Segundo, estamos asistiendo a la presencia de una inmensa fuerza social destructora que proviene del racismo, ya no solo presente en las relaciones interpersonales, sino camuflado en un avorazamiento de las empresas extractivas trasnacionales, por ejemplo, las empresas mineras o pesqueras, mencionadas en estos testimonios. Lo que pretenden es “sacar el oro en maquetas” al menor costo posible, independientemente de la destrucción que causen en el medio ambiente y en la vida de los pueblos, cuyos ríos, por ejemplo, quedan envenenados con cianuro. Esta destrucción es clara, evidente, aplastante, pero el racismo se esconde tras ella en el apetito de la ganancia: en nombre de la palabra mágica “desarrollo”, los pueblos indígenas se conciben como víctimas necesarias que de todos modos no son tan personas humanas como para reconsiderar de qué desarrollo se trata. Si se capturan miles de peces en esas inmensas jaulas del Golfo Dulce (Apolonia) y se mata así la pesca artesanal, pues lo sentimos, dicen, es para desarrollar el país, no sean ustedes atrasados. No se valora la vida de los pescadores pobres. Sin embargo, esta amenaza ya hecha realidad en algunas zonas de Centroamérica está provocando en toda la región una respuesta organizada de las comunidades indígenas locales en alianza con otras comunidades no indígenas y con fuerzas más globales de organizaciones de otros países que apoyan a sus contrapartes locales para impedir ese arrasamiento. Los pueblos indígenas, ubicados con frecuencia en zonas retiradas pero codiciadas por sus recursos naturales, se convierten, aunque pueden ser minoría, en actores nacionales muy

importantes, y ellos al tomar conciencia de su papel amplían su propia identidad. Este proceso es doloroso, porque dichas empresas y gobiernos dividen a las comunidades al comprar con sus beneficios a miembros que les dan entrada y son como sus representantes. No buscan gente de fuera. Con el dinero que tienen compran líderes y con frecuencia el dinero no basta y la violencia se impone con el asesinato de dirigentes. Sin embargo, las consultas populares que se van haciendo dan un resultado mayoritario en contra de esas mismas empresas extractivas y de los gobiernos que las apoyan.

Hija, ser indio es morir (Nantzin)

Tercero, esa fuerza destructora del racismo encubierto en la expoliación material es como un genocidio de baja intensidad. Pero este puede culminar en grandes matanzas como la de 1932 en El Salvador (Nantzin y Juliana) o como las masacres de 1982 en Guatemala (Irma Alicia) que cumplen con el concepto estricto de genocidio. De nuevo, aquí el racismo se esconde bajo el manto de la intención política. No matamos a indios por ser indios, sino porque son comunistas, dirán. Pero la identificación entre indio y comunista, como se dio en El Salvador, es tan estrecha, y las acciones que resultan de esa acción política de represión son tan totales y crueles, que no puede menos de salir al claro la intención racial junto con la política. Con el paso del tiempo, sin embargo, y después de que el pánico se asienta, la fuerza de la memoria surge, no sin inmensas contradicciones, e impulsa una revitalización de las identidades y el orgullo que ya no se circunscribe a los límites de la etnia, sino abarca la nación, a la que en momentos se le cambia de nombre. El Salvador es Cuscatán, por ejemplo. El indígena concientizado no dice que es guatemalteco sino que tiene una nacionalidad maya mam. El luchador del Frente Sandinista al insurreccionarse contra la dictadura habla de una segunda independencia. Puede uno reírse y decir que son

exageraciones y puras palabras, pero los sentimientos que allí se expresan son los que han ido consiguiendo la demarcación de los territorios autónomos, con todos problemas que ellos conllevan dentro de algunos países de Centroamérica, aunque solo hayan pasado por el trauma del genocidio de baja intensidad de siglos y no el de las masacres recientes.

Mi vida ha sido moverme entre fronteras (Irma Alicia)

Cuarto, los pueblos indígenas han ido crecientemente rompiendo las fronteras internas de los países. Nos referimos a dos movimientos interrelacionados, al de la urbanización, que es más horizontal, y el de la profesionalización, que es más vertical. La migración de las comunidades a las cabeceras y a las capitales, facilitada por los medios de transporte y comunicación, están convirtiendo a los pueblos indígenas en una red que se encuentra no solo en los rincones y esquinas del país, sino en las ciudades. Antes eran casi exclusivamente rurales. Ahora son rurales y urbanas. Ahora, esta migración no desengancha a la población urbana de sus parientes rurales, como sucedía hace algunos años, convirtiéndola en una población mestiza o ladina más, sino que la mantiene unida, en la red. Véase allí el papel que ha tenido la telefonía celular. Esa población urbana mantiene su identidad indígena y, si su número es suficiente, forma otras comunidades en la urbe, aunque no territorialmente definidas como las rurales, que se unen en fiestas y días de descanso y se dispersan en los trabajos. Una red de hule que se encoge y se estira. La horizontalidad de esta red es un mero aspecto de un solo proceso, cuando se junta con la movilidad vertical, hecha posible por la escolarización y la profesionalización hasta los más altos niveles de la sociedad (Irma Alicia, Miriam), donde las personas indígenas inciden intelectual o políticamente en las estructuras nacionales. No serán muchas todavía, pero apuntan a crecer y a incidir cualitativamente cada vez más en la sociedad y el Estado. Su

acción de incidencia nacional les exige vivir entre fronteras, por un lado gente indígena, por otro lado gente no indígena. Son como un puente de interculturalidad, apreciadas pero también criticadas. Ambos lados quisieran tenerlas todas para sí. La crítica de un lado es que dejaron de ser indígenas y la del otro que no son sinceras y no dan confianza. Se ven abocadas a escoger cuál de sus identidades es la principal. Las señales distintivas, por ejemplo, el traje de la mujer, son el recuerdo ante el público de que son indígenas y optan por serlo, sin ninguna vergüenza. Es una manera para defenderse de las fuerzas tremendas de la cooptación. Pero la principal defensa es el vínculo social que mantienen con su pueblo, organizado o no.

En EE.UU. hay más de 50 mil garífunas y todos están organizados (Miriam)

Quinto, la migración se ha globalizado. Hay miles de personas indígenas que cruzan las fronteras, por ejemplo, de Guatemala a los Estados Unidos (Humberto) o de Panamá a Costa Rica (Apolonia). Algunos de estos movimientos son temporales (cosecha del café) y otros son permanentes. Mucha gente indígena se queda, entonces, en el país de destino y cambia de identidad nacional (o tienen dos) y repiensen su identidad indígena. La migración internacional es un movimiento propiciado por la globalización ante el desnivel de oportunidades, especialmente de trabajo, pero tiene un componente cultural de sueños y fantasías. Y es un movimiento que ha tomado, desde su arranque en el país de origen, la forma organizativa de la globalización: la sociedad en red. Por medio de la red de parientes y conocidos y la ayuda económica de los que ya han dado el salto, se enfrentan las personas migrantes al Estado más poderoso del mundo, que pretende impedir su ingreso, y lo burlan, no sin perder en esa batalla a muchos que quedan en el desierto o en el mar o en las manos de asaltantes. En esto, la migración indígena no se distingue de la de miles y miles de

migrantes no indígenas. La diferencia está en que en la red indígena no suelen entrar no indígenas, no porque sean excluidos intencionalmente, sino porque no existe el vínculo identitario para pertenecer a ella y multiplicarla en redeillas. Los nudos de esta red son las personas, las familias, las comunidades. Este flujo hacia el norte o, en su debida medida, de un país a otro de Centroamérica, va formando comunidades transnacionales. Comunidades que son una pero que tienen un pie en el país de origen y otro en el de destino. Están en Costa Rica y están en Panamá. Son ngäbes ambas. O están en Estado Unidos y están en Honduras y son garífunas ambas. Aquí y allá están organizadas en patronatos, en grupos, de mil modos, demostrando que son una gran familia. Aunque surgen nuevas formas de discriminación, incluso entre parientes, estas comunidades (no necesariamente territoriales) son refugio donde se libera la persona migrante de la discriminación racial. A la vez, son respaldo para las comunidades en el país de origen a las que apoyan por medio de remesas individuales o colectivas. Aunque la migración internacional no ha sacado a los pueblos indígenas de la pobreza, sí les ha dado un respiro en la mejoría de vida, especialmente con la vivienda, la comida, la salud y la educación. Sin embargo, el principal precio que se paga es el rompimiento de los hogares, no solo por la migración de ida, sino por la deportación que cada vez va creciendo en número y separa a los hogares ya constituidos en el país de destino (Humberto). La reforma migratoria actualmente en curso de aprobación en Estados Unidos hará más cara, más riesgosa y con más víctimas a la migración de ida. Difícilmente la parará. “Cuanto más alta es la barrera, más larga será la escalera”. Pero probablemente fortalecerá la identidad nacional y étnica de las comunidades transnacionales cuyos miembros podrán viajar al país de origen con más libertad por tener ya papeles.

A la par del Alcalde de Vara hicimos la insurrección popular de Monimbó (Santos Román)

Sexto, estamos asistiendo a una creciente incidencia social y política de parte de personas, movimientos y organizaciones indígenas en los países de Centroamérica que va de la mano con el ingreso de la juventud indígena a la universidad, en especial a las universidades nacionales o públicas, y su participación en movimientos contestatarios radicales que tocan el peligro con las manos y aprenden lo que significa la represión. Muchos abandonan luego la lucha, pero quedan personas marcadas por experiencias muy fuertes a las que les es difícil ya dar marcha atrás, aunque tengan que aprender a vivir en fronteras de incomprensión. Esas marcas pueden ser una flagrante acción discriminatoria sentida en el alma (Irma Alicia), o un atentado a una compañera de lucha (Miriam), o amenazas directas de muerte que también ponen en peligro a los hijos. Pero no solo la experiencia dolorosa puntual deja su marca, sino el contacto semanal y rutinario con las comunidades donde se perciben más carencias que la propia. Ese contacto y la experiencia de la fuerza indígena o afroamericana del movimiento encuentra formatos ideológicos en los que no cabe, como fue el pensamiento marxista ortodoxo, subsumir al indígena en el proletariado, quitándole la fuerza enorme que tiene la lucha étnica con sus particularidades. Semejante es la contradicción que encuentran los movimientos y organizaciones indígenas con los partidos políticos. Estos, al orientarse a la toma o la conservación del poder, se distancian del objetivo e ímpetu primero de la lucha, llámese la insurrección popular de Monimbó o la lucha por la democratización después del golpe de Estado en Honduras. El atractivo de Evo Morales, presidente indígena de Bolivia, revolotea en muchas cabezas, ya sea que se piense en un partido indígena en un país como Guatemala, ya sea que una organización indígena de nivel nacional decida engrosar las filas de un partido no indígena. La línea más propia de las organizaciones indígenas pareciera ser la de mantenerse aparte de la dinámica partidaria, reconociendo que pueden aportar más a la transformación social

sin entrar en la dinámica de la toma del poder. Ese aporte es muy grande. Júzguese por los riesgos que lleva: el movimiento indígena es el más peligroso de todos los movimientos porque significa luchar por los territorios: “está catalogado por los Estados, por los organismos internacionales y por el imperio como el movimiento más peligroso” (Miriam). Toca fibras increíblemente sensibles, no solo porque toca el territorio, sino porque desestabiliza los fundamentos del racismo. Por eso, su aporte es más importante que el de los partidos políticos. Un tema a discusión, evidentemente.

No se les permitía a las mujeres ngäbe hablar con la gente (Apolonia)

Séptimo, presenciamos la tendencia de que la mujer indígena se va empoderando poco a poco en la vida de las comunidades, en muchos espacios laborales, sociales, religiosos y políticos, y en los movimientos y organizaciones indígenas. Este empoderamiento se entronca con la experiencia viva de violencia sufrida en el hogar, por ejemplo, de parte del padre contra la madre. Escenas que niños y niñas presencian y asumen como naturales. Las mujeres, con frecuencia, soportan y callan. Ante esta experiencia, la salida de la niña de la casa es una liberación, pero encuentra luego que en la escuela se repite, agravada por la discriminación racial en las escuelas mixtas y con maestros o maestras no indígenas. Pero el aumento del número de niñas en las escuelas y en los institutos les da fuerza y se acuerpan y con frecuencia sobresalen en su rendimiento académico (calificaciones). A veces, las madres están detrás del esfuerzo de sus hijas por el estudio. Ellas no quieren que en sus hijas se repita su propia esclavitud y consideran que los estudios son un camino para que se liberen poco a poco. Pero no es sino cuando esa joven indígena se encuentra con otras personas que le desmontan la realidad, cuando ella comienza a “reconocerse como mujer” y le pone nombre a la violencia doméstica, así como

a la discriminación racial, dos caras de la misma moneda. Esas personas que le quitan el velo de los ojos pueden ser las de una organización de mujeres no indígenas o de una organización de mujeres indígenas o de una organización indígena con espacios propios para las mujeres. Al contacto con las bases y con los talleres de formación de la organización aprenden de la historia de sus pueblos y de las causas de la discriminación. Y cuando estas mujeres se llegan a posicionar en puestos de liderazgo de organizaciones indígenas (no exclusivamente de mujeres) son señal para muchas otras de su empoderamiento, el cual es mayor que si solo encabezaran una organización indígena de mujeres. Estar en ese lugar de coordinación general ha supuesto que los varones hayan tenido que reconocer su valía en contra de sus propios prejuicios machistas. Así, el feminismo va entrando en esos espacios femeninos indígenas, pero con cariz más tolerante en aras de una armonía entre las relaciones de género. Muchos indígenas varones, incluso intelectuales, defienden estos ideales como pertenecientes a la cultura, pero las mujeres dirán que esa no es cultura, sino que es violencia (Apolonia). Ellas, por esta crítica saludable que ejercen en sus propios pueblos, suelen gozar de una actitud más libre de ideologías anquilosadas que los hombres y suelen ser más combativas que estos. Pero reconocen que este es un tema que exige mucho trabajo todavía porque la inequidad de género sigue oprimiendo a la mujer y silenciando su voz.

Invoco a los espíritus de los abuelos para que no vaya yo a bajar la guardia (Juliana)

Octavo, está en construcción una nueva espiritualidad, emparentada con la defensa del territorio y fundamentada en los derechos de los antepasados. La tierra, el agua, el viento, el sol son concentraciones de una energía común que conecta a las personas con la naturaleza. El mundo es algo vivo. Asimismo, esa energía conecta a los vivos con los

difuntos. Es como un fuego original que todo lo une y merece reverencia. El mundo de la naturaleza se funde, entonces, con la identidad de las personas: la tierra es mi madre, en el viento habitan los espíritus de mis difuntos (Humberto, Apolonia, Santos Mercado). En esta construcción se recuperan elementos de la cultura tradicional, pero dentro de un formato global, influido por una especie de *New Age* indígena. Esta es enaltecida pero también manipulada por personas (no indígenas) de otros países, incluso por novelistas, como sucedió con el 13 Bak'tún. En la espiritualidad indígena mucha gente hastiada de la civilización occidental busca sentido para sus vidas. Esta espiritualidad –no gustan de hablar de religión– se fortalece con el arte, la danza, los cantos, las artesanías (Apolonia) y va desplazando a las creencias y ritos de las iglesias cristianas en sectores todavía minoritarios. Pero es algo nuevo que tiene características universales, aunque parta de expresiones culturales muy localizadas en pequeños puntitos del mapa. Dada la tradición de la Iglesia católica, aceptada por la población indígena después del primer lustro violento de la conquista, y dada la fuerza económica y política de las iglesias cristianas (incluida la católica), estas siguen congregando a la mayoría de los pueblos indígenas que demandan su presencia con mucha fuerza. En ellas, la globalización ha propiciado el auge del movimiento pentecostal (evangélico o católico) que tiene mucho atractivo en sectores indígenas y se ha extendido como fuego en un pajar. Paradójicamente, este movimiento religioso, no duda de ser totalmente indígena, pero rechaza las formas tradicionales de los nuevos movimientos indígenas. Sin embargo, como ellos, está viviendo una energía parecida que todo lo conecta, a la que le llaman, entre aleluyas y aplausos, el Espíritu Santo.

Irma Alicia Velásquez Nimatuj (k'iche' de Quetzaltenango, Guatemala, doctora en antropología social)

Buenas tardes estimadas hermanas y hermanos, compañeras y compañeros. Es la primera vez que voy a hablar públicamente de mi vida personal. El padre Ricardo Falla escribió el prólogo de mi segundo libro, titulado: *Pueblos indígenas, Estado y lucha por tierra en Guatemala: Estrategias de sobrevivencia y negociación ante la desigualdad globalizada* (Guatemala: AVANCSO 2008). Este trabajo incluye un capítulo autobiográfico, imagino que a raíz de esta experiencia narrativa se me ha invitado hoy aquí.

Voy a iniciar mi relato con un acontecimiento familiar. Cuando tenía aproximadamente 5 años de edad, mi abuela materna, la señora Catarina AjquiCojulum de Nimatuj, fue llevada a prisión. No recuerdo este hecho. Lo que sé, a través de la memoria familiar, es que mis padres, tías y el resto de la familia se sintió impotente porque no podían defenderla ante el mal manejo del castellano y el desconocimiento del funcionamiento del sistema jurídico. La experiencia de los indígenas con los abogados ha sido casi siempre así, negativa, y de este gremio se argumenta que son corruptos, que se han aprovechado permanentemente de las poblaciones indígenas, de comerciantes y propietarios de tierras y bienes. O sea, no se confía o se confía poco en estos profesionales.

Con este hecho familiar, que les golpeó, mis padres deciden que sus hijas deben estudiar. Y nos enviaron a colegios privados. Siendo mis padres comerciantes poseían un excedente que les permitía invertir en una educación privada.

El objetivo en nuestra familia fue claro y así nos lo dijeron a mi hermana pequeña y a mí: “tienen que aprender a escuchar, a escribir y a manejar perfectamente el castellano. Porque lo que nosotros hemos vivido, no lo tienen que vivir ustedes. Y lo que nosotros no

hemos podido defender, lo tienen que defender ustedes”. Con esta consigna fuimos a estudiar. Mis padres nos inscribieron en un colegio evangélico. El otro objetivo era que debíamos “manejar las matemáticas perfectamente”, dado que éramos comerciantes se buscaba a largo plazo “seguir trabajando en el comercio y ampliarnos”. Por lo tanto, las matemáticas eran igual de importantes que el manejo del castellano.

Fuimos a un colegio evangélico de la ciudad de Quetzaltenango, pero ingresar implicó renunciar al uso de nuestro traje regional, renunciar al idioma k'iche', así como a expresiones públicas de nuestra cultura. Allí empezamos a vivir el desprecio permanente, entonces éramos dos niñas y dos niños indígenas en ese colegio. Aún recuerdo sus rostros y nombres.

En ese colegio todos éramos pecadores. Y cada viernes hacíamos una lista de nuestros pecados y los quemábamos públicamente en el patío. Realmente no entendía qué pecados tenía que enumerar y solo escribía y escribía para cumplir con lo que la clase de biblia exigía. Fue el primer espacio en donde me enfrenté a los abusos de los profesores. Allí un profesor abusaba de las niñas. Siendo pequeñas casi todas fuimos tocadas por ese profesor. Esta violación no podíamos denunciarla. Primero, porque no existía información y el entramado de derechos que hoy existen. Y segundo, en mi caso, si lo hubiera denunciado en mi casa, hubiera implicado renunciar a la educación porque mi padre, que era un hombre violento, hubiera hecho un escándalo y hasta le hubiera pegado al profesor. Me aguanté. De esa época recuerdo las diferencias sociales y de acuerdo a donde estuviéramos enfrentábamos o no los abusos. Por ejemplo, las hijas de los abogados o médicos de Quetzaltenango no sufrieron el acoso sexual de este profesor, como lo vivimos el resto de niñas que no veníamos de padres no profesionales.

En el colegio enfrenté dos mundos. En ese entonces, no entendía la situación de mi ciudad, pero eran mundos separados. Uno en el que los indígenas vivíamos como espacios de refugio, resistencia y contradicciones, donde las celebraciones eran importantes; en esos espacios sociales cada familia exponía lo mejor que tenían por una razón: allí nos sentíamos libres, podíamos sentir que éramos hermosas y hermosos, en donde los indígenas podíamos sentirnos vivos, compartir las comidas, bailar o reír. Sentir aunque fuera por breves momentos que éramos dueños de nuestra vida y nuestro entorno. El otro mundo, era el que me enseñaron en las aulas, en donde no existíamos los naturales [indígenas], solo se hacía referencia a los mayas clásicos, mientras se referían a nosotros con estereotipos ofensivos de pobreza, suciedad, alcoholismo, promiscuidad, falta de inteligencia o visión de futuro, menos entendimiento de la realidad material.

Estar en este colegio fue vivir en esos dos mundos. El ladino que despreciaba nuestra espiritualidad y la catalogaba de brujería, hechicería y cualquier otra aberración. A mí me dolía, pero ¿qué podía hacer? ¡Nada! Hoy entiendo que éramos indígenas urbanos viviendo más discriminación que la que vivían en el campo mis hermanas y hermanos. ¿Por qué? Porque nosotros enfrentábamos la discriminación racial al no más salir de nuestra casa. A pesar de esas humillaciones jamás perdimos nuestra espiritualidad, ésta se practicó a escondidas, públicamente íbamos a misa y a todas las actividades de la Iglesia católica y algunos de nuestros hermanos a las iglesias protestantes, pero al nomás cerrar la puerta de nuestra casa la practicábamos, allí de manera clandestina desarrollábamos nuestro mundo espiritual. No celebrábamos el año nuevo como lo celebra el mundo occidental. Íbamos a misa de 10 de la noche y volvíamos a casa, donde nos esperaba el *ajq'ij* [guía espiritual] que acompañó espiritualmente a mi familia hasta que falleció. Empezábamos nuestra celebración con cuilco [resina olorosa en forma de pastillas], copal blanco, copal de tacana,

ensarta, candelas de sebo, candelas de color, huevos, incienso de palito, romero y otros materiales. Así agradecíamos al santo mundo, adorando a la madre tierra, llamando a cada uno de nuestros abuelos por sus nombres y pidiendo protección, recibíamos el año gregoriano, con nuestra espiritualidad al centro.

Aprendí y crecí moviéndome en esos mundos. El mundo occidental y el mundo indígena urbano y rural.

Recuerdo que cuando terminé sexto de primaria me puse triste ya que mi madre quería que solo estudiara la primaria. Y yo dije: “No, yo quiero seguir estudiando”. Fue mi padre quien me apoyó ante la oposición de mi madre, que dijo: “No más estudio, al comercio, porque necesitamos manos para seguir creciendo”. Como ya no pude estudiar de día por la oposición de ella, estudié los básicos de noche con el apoyo de mi padre. En esa época vivíamos al lado de la sede de la Policía de Hacienda y como familia fuimos testigos de vejámenes que sufrieron hombres y mujeres en su mayoría indígenas de áreas rurales que llegaban a Quetzaltenango con leña, animales y productos para vender o comprar, pero eran detenidos por esta policía. Los llevaban a la sede, les quitaban sus pertenencias, los azotaban, los golpeaban. O sea, vimos desaparecer a la gente, vimos la tortura porque estaba a la par de nuestra casa. Jamás pudimos hablar o actuar ante los gritos de las o los detenidos. La calle en donde vivíamos durante la época de la guerra permaneció cerrada. Nosotros teníamos la orden de entrar a las 6 de la tarde a la casa y podíamos salir a las 6 de la mañana. Esa fue la Quetzaltenango en donde crecí y me eduqué.

Cuando terminé los básicos pedí a mis padres seguir estudiando magisterio. Con molestias aceptaron y me hice maestra. Cuando mis padres pensaron que ahí terminaba mi interés, les dije que había decidido ir a la universidad. Ambos se opusieron y se negaron a que fuera a la universidad. Era a mediados de la década de 1980 cuando aún la guerra

golpeaba a los indígenas. Tenía 17 años y había ido poco a poco descubriendo que tenía habilidad para escribir. Por lo tanto, quería escribir y no dejar de hacerlo.

Finalmente, con mis padres logramos llegar a acuerdos y con 17 años me fui a la capital e inicié mis estudios de periodismo en la Universidad de San Carlos de Guatemala, en la Escuela de Ciencias de la Comunicación. Este proceso tuvo otro costo porque implicó volver a dejar mi traje y esconder mi cultura k'iche'. Era la única forma de sobrevivir en un país en donde los indígenas eran identificados como los enemigos del Estado. Mi papá me decía: “Cuando la paren en los retenes, hable bien el castellano con los soldados, que no se escuche ni en una letra o en una sílaba que su pronunciación no es perfecta”, y cuando ya tenía mi cédula de vecindad me decía: “Cuando le pidan su cédula muéstrela bien, no tenga miedo”. Pero para entonces vivíamos en un permanente miedo.

De Quetzaltenango a la capital recorría 200 kilómetros por el altiplano del país en donde el ejército ubicaba entre 7 u 8 retenes del ejército. Los retenes más delicados siempre eran los de Cuatro Caminos en Totonicapán, los Encuentros en Sololá, Tecpán en Chimaltenango y recuerdo que el destacamento militar que daba miedo era el de Chupol en El Quiché; al acercarse ahí había que tranquilizarse, saber cómo bajarse y cómo dirigirse a los miembros del ejército. En esos retenes fui testiga de cómo hombres y mujeres fueron detenidos y se quedaron en el camino, no sé si los retenidos fueron dejados libres o no.

En medio de una guerra en contra de los pueblos indígenas había que renunciar o esconder los marcos que implicaban ser una mujer indígena y esa era la única forma que encontré para sobrevivir. Jamás viajé con morrales, con mi traje, ni dije que era indígena y cuando me bajaban en los retenes y me preguntaban a qué me dedicaba yo decía que cuidaba niños en la capital porque esa era la recomendación de mi padre para salvar mi vida.

Sin embargo, llegar a la universidad fue para mí una etapa hermosa de mi vida. Era joven y tenía tantas ilusiones. Quería aprender y fui a aprender. Llegué a la universidad pública y la universidad me abrió otro mundo en donde el marxismo era la base teórica bajo la cual se estudiaba. Y fue un lindo capítulo en donde también aprendí que el marxismo ortodoxo carece de una comprensión plena, profunda y amplia de la vida y desafíos de los pueblos indígenas. Para los ideólogos nacionales de este marco no existían los pueblos indígenas, la realidad social la reducían a un conflicto entre la burguesía y el proletariado. Y si los indígenas querían asumir la lucha, debían subsumirse en el proletariado, que implicaba renunciar a su identidad racial.

En esta etapa de formación universitaria también aprendí a callarme. En la vida de las mujeres indígenas en casi todas hay etapas de silencio. Todas pasamos por esos momentos ante el racismo profundo que enfrentamos. No hablamos, solo vemos y escuchamos y a veces agachamos la cabeza, porque esa es la forma a través de la cual hemos podido construir un escudo para mantenernos.

A los pocos años de iniciar mis estudios universitarios me casé; esto es normal en comunidades indígenas rurales o urbanas, aunque con sus propias normas, pero en el fondo se motivan los casamientos especialmente en las mujeres, porque de lo contrario se les empieza a asumir como mujeres viejas que “se quedarán para vestir santos”. Esto obviamente fue un cambio de 180° en mi vida. Me casé con un hombre indígena que se asumía de una clase social diferente a la de mi familia, por eso su familia nos veía con desprecio. En el marco de esa relación viví el machismo, el alcoholismo y la infidelidad extremas; fiestas que nunca concluían, violencia emocional permanente y violencia física también. Era poco lo que podía cuestionar porque así era la vida de muchas mujeres indígenas que tenían que callar para mantener su matrimonio.

Entonces entendí que había dos opciones. Una, sentarme a llorar y cargar la cruz que decían las abuelitas que había que aguantar y, la otra, levantarme y decidir tomar mi propio camino.

Tuve a mi niña y decidí volver a la universidad, mis padres me apoyaron emocional pero sobre todo económicamente; sin ellos no hubiera podido concluir mis estudios. Regresé con mi hijita a terminar la universidad. Con esfuerzo y desvelos logré graduarme, primero de periodista profesional y luego concluí la licenciatura en ciencias de la comunicación. Para esa misma época ingresé a *Prensa Libre*, el periódico de mayor circulación de Guatemala que era también el más conservador. A pesar de los sacrificios y de las diferencias ideológicas de esa etapa de trabajo periodístico, aprendí mucho. Sabía que era mi oportunidad para mejorar el manejo del idioma del opresor, porque bien manejado podía convertirse en instrumento de liberación.

En esa época me formé, la mayor parte del tiempo, con periodistas hombres, quienes dominaban esa profesión. Nuevamente no pude retomar mi traje regional por las cotidianas burlas y chistes que se hacían de los indígenas y decidí ocultar mi identidad. La oportunidad que tuve es que pude captar esa etapa, que hoy la asumo como una experiencia etnográfica del periodismo guatemalteco en esa época.

Desde el inicio sentí que ese no era mi camino, no era feliz ahí. El periodismo era inmediato, general y por momentos superficial y aunque reconozco y valoro que me permitió conocer los problemas sustantivos del país, así como la belleza orográfica de mi tierra, ese aprendizaje tenía límites. Así que sabía que tenía que estudiar una carrera que me permitiera hacer interpretaciones profundas y de largo plazo sobre problemas sociales concretos. Por lo que busqué una beca completa y encontré la beca Fulbright, que promovía la embajada de los Estados Unidos. Para mí era una contradicción buscar opciones en el

imperio, porque tenía una profunda influencia en las decisiones estatales del país y en esas decisiones los indígenas resultábamos colocados en la última posición, excluidos permanentemente. Pero, por otro lado, era la oportunidad de intentar caminar por ese sendero que implicaba dedicarme por primera vez en mi vida a estudiar a tiempo completo.

Apliqué en el año de 1996, éramos 400 aspirantes del país y dieron cuatro becas para Guatemala. La selección duró un año, al final fui parte de los 10 finalistas y logré una de las cuatro becas. Fui la primera integrante de los pueblos indígenas en ganar una beca Fulbright en Guatemala.

El 27 de enero de 1997 partí a la Universidad de Indiana en Bloomington a preparar los exámenes que exigían para ingresar a la escuela graduada. Después de tres semestres de preparación los gané y logré ser aceptada para ingresar en la primavera de 1998 a la Universidad de Texas en Austin. Ahí inicié una maestría en antropología social y me integré a un programa de activismo social. Nuevamente fue otra etapa hermosa de mi vida. Me sentí libre. Me sentí sin ataduras, sin presiones y con la posibilidad de hacer lo que yo tanto había soñado hacer: estudiar y nada más que estudiar. ¡Lo había logrado! Entonces, la universidad tenía 13 bibliotecas y me las recorrí una a una, recuerdo que muchas veces después de terminar mis clases me quedaba leyendo en varios de esos cómodos y privilegiados espacios y ahí, muchas veces, terminé llorando frente a los libros que narraban la historia de mi pueblo y de otros pueblos hermanos.

Fue para mí una etapa de formación profunda. Una etapa de extremas limitaciones económicas pero enriquecedora, consciente, en donde pude hacer alianzas con hombres y mujeres de varias partes del mundo alrededor de demandas políticas que compartíamos. Terminé la maestría y cuando pensaba despedirme de mi asesor, ahí el director de mi departamento y algunos profesores me hicieron la propuesta de aplicar al doctorado, dado

que mi tesis de maestría había ganado el primer lugar en el área de antropología social. Sin tener los fondos apliqué e ingresé, fue otro logro en mi vida, pero fue un proceso difícil teniendo una niña pequeña. Yo me llevaba a mi hija a la universidad y la dejaba sentada afuera de la clase leyendo o haciendo sus tareas. Otras veces, con un dolor en mi corazón, la llevaba a la biblioteca infantil que tenía la universidad y ahí la dejaba solita, pidiéndole que no se moviera, porque no tenía como pagar a alguien que la cuidara. Ese fue el costo por estudiar.

Gané mis exámenes doctorales en el 2001 y regresé a Guatemala en el 2002 para realizar mi trabajo de campo. Entonces me involucré a trabajar en comunidades indígenas campesinas de San Marcos, que estaban endeudadas porque habían accedido a tierra por primera vez en la historia del país, pero a través del mercado. Por lo tanto, estaban ante una nueva esclavitud.

En el Departamento de San Marcos, el endeudamiento por compra de tierra a través del Fondo de Tierras, que fue creado por el Acuerdo Socioeconómico y Situación Agraria de 1996, coincidió con la crisis del café, que sacó a 120 mil familias indígenas del colonato de las fincas y las colocó, como dijo el hermano que me antecedió [en el Seminario donde se ofrecieron estos testimonios], en prostitución y en desamparo. Algunos emigraron hacia fincas de México pero soñando con llegar a Estados Unidos.

En el marco de esa crisis nacional, el 5 de junio de 2002 un colectivo de mujeres y hombres de diversas profesiones viajamos a la ciudad capital acompañando a representantes de diferentes comunidades para denunciar los estragos humanos y económicos que estaba ocasionando la crisis del café en el Departamento de San Marcos, ante la indiferencia del gobierno que no atendía el desempleo, la hambruna, desnutrición, migración y hasta la prostitución en la que estaban cayendo poco más de 120 mil familias

que sumaban casi un millón de personas. Con cifras en mano denunciábamos el estado de calamidad a la comunidad internacional. En este trabajo de acompañamiento, Monseñor Álvaro Ramazzini, obispo de la Diócesis de San Marcos, nos apoyó dándonos un lugar en donde quedarnos en el centro católico Juan Pablo II, y ese día, justo después de la cena, decidimos salir un momento para evaluar las acciones. Las compañeras y compañeros dijeron: “Vamos a tomarnos una cerveza, sí, vamos todos a tomar una cerveza”. Y fuimos a un lugar que se llamaba El Tarro Dorado. De todo el grupo éramos cinco mujeres, de ellas yo era la única mujer indígena vestida con mi traje regional de Quetzaltenango. Recuerdo que el lugar estaba ubicado en la zona 13 de la capital, un área exclusiva de la élite ladina; nos parqueamos, bajamos y en grupo llegamos a la puerta de ingreso, ahí el guardia de seguridad de la empresa dijo a mis colegas: Señoritas pasen adelante y luego se dirigió a mí y me dijo que no podía entrar, porque ahí no entraban mujeres indígenas. Ante la recriminación de mis colegas respondió que esas eran órdenes del gerente. Insistió en que todos podían entrar excepto yo. ¿Qué tipo de seres humanos son estos? ¡Me sacan a mí y le dicen al resto de mis colegas que pase adelante!

Para el 2002, en Guatemala la discriminación racial era legal, como mujer u hombre indígenas se les podía echar de cualquier espacio, insultarles, tirarles las puertas, negarles trabajo, negarles educación o cualquier servicio mínimo sin que existiera alguna instancia en donde reclamar o presentar las violaciones racistas por tener formas de vida diferentes. Para entonces no había delito que castigar porque no estaba penalizada la discriminación racial. Por eso, al día siguiente iniciamos la denuncia de la violación racista y el trabajo por la construcción de una ley que penalizara el racismo. A partir de ese momento empiezan varias hermanas indígenas a denunciar los abusos racistas que vivían en instituciones en donde trabajaban o en áreas públicas. A raíz del trabajo colectivo que realizamos en varias

instancias, incluyendo cabildeo en el Congreso de la República, logramos que en septiembre de ese año el Congreso pasara un Ley contra la Discriminación, que es general, que no sirve de mucho, pero es un paso, ahora habrá que luchar por una ley en contra del racismo.

Alrededor de esa época mi conciencia de mujer no dejaba de crecer y decidí divorciarme luego de un largo periodo de abusos y violaciones de mi esposo, pero mi decisión provocó un cisma en mi familia. Mi madre, y en menor medida mi padre, me sacaron de su casa en donde vivíamos, en realidad nos sacaron a mi hija y a mí, porque ellos no querían una mujer divorciada en su casa. A mi hijita y a mí nos tocó bregar con las consecuencias de mi decisión.

A mediados del 2003 terminé el trabajo de campo, base para mi disertación doctoral y volví a la Universidad de Texas en Austin para dedicarme a escribir el manuscrito. Finalmente, luego de 17 meses de escritura concluí mi disertación y la defendí el 22 de abril de 2005. Al final de esos días, cuando concluía los trámites en la universidad hice la suma y noté que logré terminar el doctorado en antropología social con 15 becas que obtuve para poder financiar diferentes momentos de este largo proceso de formación.

Volví a Guatemala en agosto de 2005 y retorné para reaprender que en Guatemala hay que saber vivir con el racismo. Dado que es un país profundamente fragmentado, racista y viviendo bajo un apartheid que no es formal pero sí de hecho, no fue extraño escuchar a algunos ladinos murmurar: “Les han dado doctorados a estos indígenas pero es regalado, esto no se lo han ganado”. Y eso lo sentía cuando me invitaban a eventos. Algunos me veían y me decían: “¡Ah!, ¿usted es la que va a dar la plática?”, “Sí yo soy”, “¿Usted es fulana, tal?”, “Sí, yo soy”. “¡Ah!, bueno, pase adelante”. Algunos expresaban en voz baja: “Y esta india, ¿qué nos va enseñar?, ¿Y puede pues?”. Cada palabra, cada gesto

indicaba que había que probar que sabía. Esa ha sido mi experiencia en la mayoría de lugares a donde he llegado. Aprendí que tengo que probarme día a día, que puedo enseñar, que aprendí y que soy capaz de exponer algo.

Volví a mi tierra con la misma fuerza con la que me fui. A partir de ese momento no me despojé de mi traje regional para trabajar. Además, me incorporé a las luchas de los pueblos indígenas. He tratado de acompañar procesos en donde puedo ser útil. Reconozco que hubiera podido quedarme fuera o dentro del país construyendo una vida cómoda y económicamente envidiable, pero mi opción de vida ha sido quedarme a lado de mis hermanas y hermanos indígenas que luchan por la justicia social.

Aunque debo aceptar que en algunos momentos me duelen algunas incongruencias. El rechazo que también siento de algunos líderes indígenas, porque consideran que ya no soy totalmente indígena. Ya no soy la mujer indígena que ellos quisieran que yo fuera. Y también lo he sentido de algunas hermanas indígenas. Pero me esfuerzo en valorar que he encontrado un espacio de lucha, un lugar en donde he podido crear redes, trabajar, enseñar y aprender. He aprendido a vivir entre fronteras. Me eduqué en un mundo que no era el mundo indígena, no porque así lo quisiera, sino porque en ese momento esa fue la única opción que tuve. Vivir entre fronteras me ha enseñado que mi conciencia ha sido generada y empujada por hombres y mujeres que no siendo indígenas han sido claves en mi proceso de toma de claridad y criticidad, a quienes valoro y respeto. Pero también por hombres y mujeres mayas de Guatemala y de otros pueblos indígenas de las Américas. Aunque nunca lo busqué, para mí la vida ha sido moverme entre fronteras que muchas veces se diluyen con facilidad, aunque en otros momentos se convierten en fronteras infranqueables.

También he aprendido estando en mi país y trabajando con hermanos y hermanas que las luchas indígenas no son fáciles sino complejas. Y muchas veces cuando más

comprometidos estamos es cuando más golpes recibimos. Me duele ver a hombres y mujeres indígenas moviéndose a los partidos de derecha y extrema derecha, luego de haber trabajado y acompañado luchas para empujar un cambio en Guatemala. Y ahí aparecen de manera oportunista muchos de los rostros indígenas que han pasado por estos procesos de formación, solo que ahora apoyando a la extrema derecha. Eso me entristece, me lastima. Eso es algo con lo que hay que caminar, es con lo que hay que bregar y es con lo que hay que aprender en el camino por construir equidad.

He acompañado trabajo de incidencia en el Poder Ejecutivo en donde he sentido un profundo desprecio hacia los mundos y no digamos las demandas indígenas. El presidente, los ministros o sus representantes reciben a las organizaciones indígenas, pero al dar la vuelta empiezan a burlarse de ellos. Se ríen y hacen chistes. Han encontrado la forma de entretener a los pueblos indígenas en mesas de negociación, en mesas de encuentros, pero no dan solución a las demandas sustantivas. Y el Legislativo que es un verdadero laberinto. No cabe duda que necesitamos diputados indígenas conscientes, no diputados indígenas títeres que lleguen y apoyen las propuestas neoliberales para aplastar a sus propios hermanos. He experimentado que el Estado no es fácil, lo mismo ocurre en el poder judicial, ahí no tenemos profesionales en el nivel más alto.

Además, reconozco que hay luchas internas dentro de los pueblos indígenas. He aprendido a no romantizar a mis hermanos porque he sido testiga de peleas y disputas fuertes. Y entiendo que los indígenas tenemos que saber bregar con nuestras propias diferencias y tendremos que saber avanzar a pesar de nuestros propios enfrentamientos o diferencias de posturas.

Quisiera finalizar con algunos otros aspectos que son importantes en mi vida. Sé que ya no hay tiempo. A partir del 2003 ingresé como columnista al diario *El Periódico* de

Guatemala. Y desde ese espacio he vivido el desprecio hacia los indígenas, especialmente hacia las mujeres. Al principio decían que yo no escribía las columnas, que me las escribían. Después que detrás de mí estaban grupos comunistas, diciéndome qué había que escribir. Y luego que la comunista era yo. No es fácil como mujer indígena abrirse camino. En el año 2010, después de una serie de columnas que publiqué sobre Candelaria Acabal, una hermana k'iche' que vivió en esclavitud durante 10 años, en la casa de un diputado del Frente Republicano Guatemalteco [FRG, de orientación conservadora fundado por el general Efraín Ríos Montt], empecé a vivir persecución en todos los espacios en donde estaba, hasta que finalmente me obligaron a salir del país.

Sin embargo, he tratado de disfrutar otros lados de la vida. Desde niña he enfrentado problemas de salud. Al año de nacer me caí de un segundo nivel, me quebré varias partes de mi cuerpo y quedé con secuelas. Mi salud ha tenido altas y bajas. Así que mis padres me metieron al deporte. En la primaria integré la mini selección de baloncesto, viajé con el equipo y fue lindo ser seleccionada de Quetzaltenango. Cuando se acabó esa etapa y me metí a la natación y por uno o dos segundos que no logré bajar no pude integrar la selección de Quetzaltenango. Fueron años de entrenamiento y fui feliz. Luego ingresé al atletismo y estando fuera de Guatemala empecé a practicar el ciclismo, pero renuncié por la presión de mi madre, quien no toleraba y se molestaba al verme vestida con ropa para este deporte. Me quedé con el atletismo, disfruto correr maratones y medias maratones. El año pasado gané el tercer lugar de mi categoría en la maratón del Lago de Atitlán, no podía creerlo, y el cuarto lugar en la media maratón de Tapachula, México, en el 2008.

Tengo sueños, quiero seguir escribiendo y quiero seguir trabajando fuerte. Y a pesar de lo caminado sé que no ha sido un trabajo sola, a pesar de las diferencias ha estado mi familia que es mi fuerza, ha estado mi comunidad k'iche', combativa y políticamente activa

a lo largo de su historia. Mi bisabuelo, don Agustín Ajquí, fue parte de los últimos 52 principales que integraron la alcaldía indígena de Quetzaltenango al final del siglo XIX. Y por sobre todo, en mi vida está mi hija, mi tigrilla, que me acompañó en buena parte de esta aventura y que es mi mayor fuerza para seguir respirando. Muchas Gracias.

Humberto Velásquez (Mam de San Miguel Ixtahuacán, Departamento de San Marcos, Guatemala)

Buenos días a todas y a todos. Mi nombre es Humberto Velásquez. Soy de la nacionalidad Maya-Mam. Supuestamente soy guatemalteco. No puedo decir guatemalteco porque vivo en la región de Guatemala... Pero lamentablemente no, no respetan mis derechos. Por eso, digo supuestamente guatemalteco. Pero me identifico más como Maya-Mam del Occidente, pues allá soy colindante con México.

Bueno, para contar un poco la historia, se requiere mucho tiempo, ya decían unos compañeros y compañeras, verdad, pues yo soy del nahual KAME que significa la muerte, va. Tonces ¡eh!, también la oscuridad, la noche. Pero toda noche también tiene un nuevo amanecer. Y por eso tal vez ustedes me han visto; soy un poco callado, no me gusta platicar con todos, pues me gusta estar un poco aparte, verdad. No sé, pero mi nahual así lo quiere. Por eso también soy un poco estricto y tengo también mi cronómetro para que no pase tiempo.

Para relatar un poco mi historia ¡eh!, pues, en mi niñez... yo nací en una comunidad pobre al igual tal vez que algotros compañeros. Pues ahí está mi pueblito de donde soy. ¡Eh!, pues, mis papás, gracias a mis papás también me dieron pues hasta el tercer grado de estudio, de la primaria. Pero también al igual que otros fui discriminado también en la

escuela por algotros alumnos que se creían ser ladinos, verdad. Pero lamentablemente por no saber que eran indígenas igual que yo.

Pues era muy bonito también, aunque yo vivía en la pobreza, pero para mí era muy importante porque cuando yo iba a la escuela yo no tenía ninguna mochila para llevar mis cuadernitos. Yo lo que hacía con el costalito, ustedes conocen el costal, yo lo rompía y lo volvía a costurar yo mismo y hacía mi morralito con un chalenita [pedazo] de costal y me gustaba mucho. Me lo cargaba como mochilita y me iba a la escuela. Dentro del morral también yo llevaba ahí algunas bolsitas de chicles, dulces para vender y tener un poco de dinero también para mantenerme, va. Tonces, así fue como yo estuve yendo a la escuela. También mi..., que en paz descansa, mi madre falleció en diciembre. Ella también me apoyaba ahí para comprar algún par de zapatos. Juntamente con ella nos poníamos a cortar un poco de basura para los animales, nos íbamos al mercado, a las plazas a venderlos, para tener unos 10 quetzales, 15 quetzales, para comprarme un par de zapatos. Pero yo no me quedaba conforme. Así, yo le robaba a mi mamá también. Los zapatos viejos que ella tiraba pues los tacones de los zapatos de ella, yo los cortaba con machete caliente y los volvía a pegar porque yo utilizaba aquellos zapatillos que en Guatemala mucho tiempo se usó, que le decían “los burritos”, unos zapatos de plástico.

Pues me gustaba cortarles las graditas un poquito grande y lo volvía a pegar debajo para que cuando yo iba a la escuela, pues yo me sentía orgulloso y yo me paraba en el lodo y quedaban las gradas marcadas en el camino (risas). Tonces, pues, yo me sentía también feliz con la pobreza que yo tenía.

Pues yo a los 12 años me salí de la escuela con mi tercer grado de primaria. ¡Eh!, pues, hasta ahora tengo treinta años y el año pasado pues finalicé mi sexto de primaria. Ahorita estoy en primero básico. Ya estudiando, tengo treinta años. Pero a los 12 años yo

me integré también a una pastoral juvenil de la parroquia donde me apoyaron. Y a los 14 años fui coordinador de la pastoral juvenil. Aunque no tenía tanto estudio pero coordiné 40 comunidades con jóvenes... 20, 25 jóvenes de cada comunidad. Pues gracias ahí al sacerdote también y algunas hermanas y a mis papás que me dieron la oportunidad de hacer eso, verdad.

Entonces, así fui creciendo, en la pobreza también. A los 14 años yo comencé a trabajar en la municipalidad, no como secretario ni otras cosas, sino que como trabajador de caminos, limpia cunetas, corta pasto a la orilla de la carretera. Estuve trabajando cuatro años en la municipalidad. ¡Eh!, pues era muy duro el trabajo para mí, yo era, yo era chamaco todavía. Pues a los 16 años tuve que sacar un documento adelantado porque a los 18 años nos dan los documentos en Guatemala. ¡Eh!, pues yo lo saqué a los 16 para poder cobrar mi dinero en la municipalidad porque no me lo iban a dar. Pues yo ganaba 6 quetzales el día y tenía que hacerlo, va, para tener ese dinero.

Y así fui creciendo y en el 2004, pues yo ya estaba más grande. Había trabajado mucho también en las ferias, trabajé en las ruedas de Chicago, trabajé en futíos, tuve mi propio negocio en las ferias. También durmiendo en la calle, hacíamos nuestro chalet le llamamos allá, con las bocinas al lado y una manta alrededor y dormíamos adentro aguantando frío en la noche. Estuve trabajando cuatro años así. Luchando por la vida.

En una oportunidad ¡eh!, pues, analizándolo con mi mamá que en paz descansa y mi papá también, yo les dije “no es suficiente para vivir aquí”. Yo tuve que migrar a Estados Unidos en el 2004. Yo me fui para allá y pues allá tuve una familia, tuve dos hijos. Pero lamentablemente en el 2007 me deportaron para Guatemala, ¡eh!, trabajando. Yo conozco todo el trabajo que se hace en Estados Unidos y todas las discriminaciones que nos hacen a nosotros como migrantes. El trabajo forzado, ¡eh!, pues, y con el perdón de la compañera

aquí morena, verdad, pues allá los morenos de Estados Unidos discriminan mucho a nosotros como latinos. Ellos nos trataban muy mal. Yo tenía, pues, una supervisora que no podía parame ni un segundo porque ya estaba atrás gritando, aunque no le entendía yo en inglés, yo le respondía en español y yo le decía “ándate a la chingada, porque no te entiendo nada” (Risas). Verdad, entonces, igualmente yo no la entendía, ni tampoco ella me entendía, pues nos alegábamos los dos y cada quien sabía lo que decía.

Entonces, pero yo conozco toda la discriminación que nos hacen cuando uno está de migrante, pues me deportaron en el 2007, trabajando me agarraron, en engaños me sacaron de la compañía donde yo trabajaba. Pues se quedó mi familia, se quedó mi esposa y un chamaco y una chamaca allá también. ¡Eh!, yo volví a regresar al mes, me tuve que ir otra vez, me volvieron agarrar en el camino, ya estaba en territorio estadounidense, me deportaron por segunda vez y tengo 20 años [de prohibición] para no entrar en Estados Unidos. ¡Eh!, pues, actualmente, apenas la semana pasada logré arreglar los papeles de los chamacos para que un día puedan venir legal a Guatemala. Y gracias a Dios ya lo logré.

Bueno, entonces, y ya después, al regresar de Estados Unidos, ya no me volví ir otra vez porque yo dije: “Si me vuelven agarrar, de repente me quedo en la cárcel de por vida. O, pues, me dan otros 10 años más, me va costar más para volver a regresar otra vez. Entonces mejor ya no me voy”. Pues me volví a integrar otra vez a la parroquia y gracias a Dios, ¡eh!, desde los 12 años ya he estado participando a la Iglesia católica, pues no voy hablar mal de ninguna iglesia porque yo soy uno de que no discrimino a nadie también. Si son sacerdotes mayas o si son pastores evangélicos, yo a todos les digo hermanos, porque todos somos hermanos. Porque si yo voy a discriminar a alguien, voy a caer en lo mismo de que como son los opresores que nos discriminan a nosotros, yo no quiero ser uno de eso. Sino yo quiero tomar a todos por igual. Y si me invitan a la iglesia evangélica, como decía

aquí el hermano, yo también voy. Y yo digo pues “hay un solo Dios”, o creemos en una sola creencia que es la madre naturaleza y todos tenemos que defenderla, verdad. Entonces yo por eso no discrimino a nadie.

Yo comencé a trabajar otra vez en la pastoral juvenil en el 2008, pues me eligieron otra vez como coordinador y coordiné a 40 comunidades igual. Y pues hasta el momento también estoy ahí asesorando a los jóvenes. Hemos hecho centros juveniles, pues donde platicamos de la espiritualidad maya también, no solo platicamos de La Biblia, pues a veces nosotros agarramos un texto bíblico pero lo transformamos en cuentos, en pequeñas historias, y pues ya lo tratamos de compartir con los jóvenes. También en cada reunión no falta nuestro altar maya, que pues allá en mi pueblo le llaman el “chemb’il”, que es en mam, verdad.

Entonces, tenemos nueve centros donde hay máximo 50 jóvenes y mínimo 30, pues más o menos unos 400 jóvenes que andamos trabajando con ellos. También dando a conocer sobre la espiritualidad. Bueno, desde cuando yo regresé a esto de la pastoral juvenil, yo comencé en mi pueblo ver todos los problemas que está pasando, no solo de la migración que muchos migrantes de mi pueblo están en otros países, en México, en otros lados, y también son discriminados, sino también comencé a ver la problemática que hay en el pueblo. Pues ahí está en el 2006, ¡eh!, una empresa [minera] que llegó al municipio, al pueblo, que lamentablemente en el..., bueno en el 96 fue eso; que cabalmente cuando este alcalde ganó en la municipalidad y me dio trabajo a mí para que yo trabajara en arreglar carreteras, limpiar cunetas y todo eso, también él dio licencias para que explotaran al municipio. Son comunidades que están ahora... es esto, verdad, destrucción de los cerros. Este cerrito que estaba antes, ahora donde es el agujero era un cerro sagrado donde nuestros abuelos hacían ceremonias.

Entonces ahora así están las comunidades de San Miguel. Yo comencé a ver estos problemas que, pues, nos están afectando mucho en el municipio. Pues allá nunca se había visto eso. Pues tal vez ustedes lo han visto también por internet todas estas fotografías, pero yo lo hago como una presentación mía que lamentablemente en el municipio está afectando bastante a las comunidades.

Bueno, todo esto donde trabajan ellos, donde procesan ¡eh!, toda la piedra, y pues ahí es donde sacan el oro ya en marquetas y lo llevan a Canadá. Consecuencias de la minería en San Miguel Ixtahuacán, pues ahí está el agua contaminada con cianuro, la represa de cola, se le llama allá. El aire también se ha contaminado porque la foto anterior. ¡Eh!, [ustedes] han visto [en la presentación de fotos] unos aspersores que ahí están. Los aspersores evaporan el agua por arriba y el aire se lleva todo, toda esta agüita ya con cianuro llega a todas las siembras que están en la parte de arriba.

Pero también afecta a todas las actividades que están en la parte baja, porque también hacen descargas del dique de cola... Lamentablemente, hace unos días llegó el Ministerio de Ambiente y habían hecho descargas anteriormente... pero hace unos meses llegó el Ministerio de Ambiente para decir que iban a inaugurar las descargas del dique de cola porque ya el dique de cola es grande, es como ver el lago de Atitlán ya. Y bueno, muchos llegan ahí a visitar y dicen “qué bonito”, estuvieron nadando ahí, pero ahí se muere uno, (con) solo tocar el agua, verdad.

Entonces, lamentablemente también éstas son las enfermedades que ha causado la empresa con las mujeres, con los niños, bueno con todas las personas también. No solo eso sino también las casas rajadas, tal vez lo vamos a ir pasando un poco rápido para... ¡Eh!, la contaminación del medio ambiente que nos da también. ¡Eh!, esa es una señora que fue baleada también que estaba en la resistencia y en su propia casa le fueron a sacar el ojo de

un balazo, verdad. Entonces también porque estaba en la resistencia en contra de la empresa.

Los camiones que dejan tirados, si dejan tirado un camión ahí, que se quede tirado, no les importa a ellos si está afectando a las comunidades.

Bueno, ese es un mapa que se ve desde arriba, creo que en el internet también está. Y bueno, las trece licencias ¡eh!, de exploración y una de explotación la que están trabajando en el municipio, verdad. ¡Eh!, bueno eso son todos los... Según ellos dicen que están haciendo un desarrollo en el pueblo, pero nosotros no lo vemos como un desarrollo, lo que están haciendo. El desarrollo que están haciendo es la destrucción de todo el medio ambiente, la contaminación, pues ¡eh!, también ¡eh!, la drogadicción, el alcoholismo que está afectando mucho a la juventud. Lo estamos trabajando también con los jóvenes todo eso. El alcoholismo, ¡eh!, la prostitución en cantinas clandestinas que pues las muchachas del municipio que antes, pues, bueno son compañeras nuestras de la pastoral y ahora trabajan ahí, pues nos han contado que se están prostituyendo así clandestinamente con todos los mineros que trabajan en la mina.

Pero a pesar de todo eso, también tenemos una resistencia que... Actualmente también ya ¡eh!, hay muchas personas que los han manipulado, verdad. ¡Eh!, aquí son jóvenes y hermanos donde también trabajamos la espiritualidad maya que nos habla del cuidado de la madre tierra donde hacemos nuestras oraciones. ¡Eh!, es muy alegre cuando nosotros nos juntamos con todos los hermanos y hermanas y jóvenes, niños y hacemos soltar nuestras oraciones, la invocación al Creador y Formador. También hay mujeres que ejecutan la marimba, hay grupos de mujeres que también trabajamos con ellas.

Y como también los niños que participan en cualquier actividad con las danzas, ¡eh!, los elotes y pues la madre tierra, nosotros la tenemos como una madre, verdad, que

ella nos da de todo. Pues nosotros como jóvenes también nosotros respetamos y queremos a la madre naturaleza y por eso mismo no nos hace falta en cualquier reunión.

Aquí, bueno, aquí estoy yo un poco torcido, verdad, pero, (risas), ahí fue un encuentro de jóvenes donde a nivel de San Marcos nos tocó hacer un altar que fue grandísimo, fue en un salón donde tuvimos más de 2000 jóvenes. Entonces para nosotros fue una alegría también al mostrar este altar a jóvenes que no habían conocido años atrás qué era eso y les dimos a conocer todo eso.

Pues así va creciendo la espiritualidad también, lo que hacemos. Pues aquí las hermanas se reúnen para pedir al Creador y Formador por todo lo que está sucediendo en el pueblo. Hay un grupo de mujeres que también se unen para hacer la oración e invocación. No solo eso sino al otro día salen ahí a denunciar todo lo que está pasando en el pueblo. Ahí es pues la llegada del relator de las Naciones Unidas. Muchos ya lo conocen también.

Ésta es una compañera que también ha estado mucho en la resistencia, ha sido criminalizada, la han capturado y gracias a las comunidades que estamos organizados la logramos rescatar otra vez.

También ella es una compañera que el año pasado fue como alcaldesa de la alcaldía indígena, pero lamentablemente el alcalde municipal no respeta la alcaldía indígena. Pues ella, ésta compañera la discriminaba mucho porque era alcalde en su comunidad y también a nivel del municipio.

Bueno, son algunas entrevistas que cualquier persona llega al municipio. ¡Eh!, también la resistencia ¡eh!, bueno sobre la empresa. Ahí fue una caminata muy grande por la compañera Crisanta que es criminalizada, que la querían arrestar y todos decíamos: “Si la agarran a ella, que nos agarren a todos. Si somos mil, que nos metan mil a la cárcel y ahí

estamos todos en la cárcel, si tienen donde que vamos a estar todos”. Por eso dice: “Todas y todos somos Crisanta”. Verdad, si agarraban a ella, pues que nos agarraran a todos.

Igual, nunca hace falta la marimba, el altar, en cualquier actividad que hacemos, aunque sea una caminata. Pero ahí tiene que ir también la espiritualidad. Ahí todos danzamos, no hay nadie que se quede, porque nosotros decimos que la espiritualidad no es que yo me quede mirando que otro esté danzando. Sino que la espiritualidad es que yo me meta a danzar también, que yo me meta el rol que tienen los demás.

Bueno, aquí es un canto que se ha hecho en el municipio a través de todo lo que está pasando, nos hemos unido como coros y grupos que cantan en las iglesias y que no cantan en las iglesias también; pues se ha hecho un canto: “¿Acaso eres Tú que a los mineros enviaste?”. Si ustedes quieren les puedo dejar también esta copia, para que ustedes lean la letra que dice el canto. Es muy importante. ¿O quieren que les cante? Bueno, dice así:

“¿Acaso eres Tú, que a los mineros enviaste?
Violenta en el vientre de la madre tierra.
Llevan el oro, destruyendo los cerros.
Un gramo de sangre vale más que mil kilos de oro.

¿Qué pasa con mi pueblo?
Y tú mi Dios, ¿dónde te escondes?
El miedo nos paraliza.
Mi pueblo está vendido y no se da cuenta”.

Bueno, con esto, (aplausos). Después, ya con esta pequeña nota, ustedes pueden seguir el canto.

Entonces, a través de todo esto, pues gracias a mis padres que me dieron la oportunidad, ellos nunca me decían: “¿A dónde fuiste? ¿Qué estabas haciendo?”. Nada, sino siempre ellos me dieron la oportunidad, hasta que pues mi finada madre hasta que dio los últimos suspiros, también ella nunca me dijo nada y me apoyó para que yo siguiera

adelante. Y ahora soy alcalde comunitario en mi comunidad. Bueno también soy alcalde indígena a nivel del municipio donde coordinamos con 62 comunidades. ¡Eh!, también soy parte del COCODE de la comunidad y asesoro a los jóvenes. Ya les había dicho. Y soy su coordinador parroquial donde también manejamos las comunidades de la parroquia y no solo hablamos de Dios, sino hablamos más que todo de lo que está haciendo la empresa. Y por eso mismo nos han criminalizado, nos ponen orden de arresto, nos persiguen, nos amenazan. Hasta nos han dicho: “Mira, si seguís hablando, te vamos a matar”. Pero yo digo, “Si Jesús, fue un Jesús de aquel que defendió los derechos de los pueblos indígenas, también yo voy a ser como uno de él”, verdad. Que tengo que defender también los derechos de mi pueblo. Y si voy a morir luchando, pues ahí tendrá que ser el destino, va. Entonces también, ahí estamos.

También hemos conformado el Consejo Mam a nivel de San Marcos para animar a todos los mames. Y también ya hemos trabajado y hemos coordinado con los hermanos mexicanos, [pues] hay una región bien grande de habla mam. Entonces con ellos también ya nos hemos integrado para que no haiga fronteras, ni nada, sino que quitar esas fronteras que nos han impuesto. También estamos coordinando con esto.

¡Eh!, pues también participo en la pastoral indígena juvenil del Occidente, donde también el padre Vico nos ha apoyado bastante, pues ahí estamos también conociendo. Ya hace un año que lo conocí, también ahí estamos trabajando con él.

También, para comentarle... Perdón con el tiempo, yo dije que era así muy estricto, pero ya me pasé. La semana, cabalmente la semana pasada, miércoles, estuvimos en un encuentro con los hermanos mexicanos que hicieron una caminata desde el Distrito Federal, que caminaron seis días para llegar a la frontera de TecúnUman, donde está la línea y que el río Suchiate nos divide [a Guatemala y México]. Pues ahí estuvimos también recibéndolos

a ellos para hablar un poco sobre los migrantes. Y como hemos sido migrantes, tenemos que apoyar y no solo estamos defendiendo por las empresas mineras, sino también viendo por toda la sociedad en todo el país. Muchas gracias.

Nantzín (náhuat pipil, Presidenta de la Asociación de Consejos de Pueblos Originarios de Cuscatan, ACOPOC, Sonsonate, Cuscatán, El Salvador)

Nahaninem isenut sigual amat náhuat pipil. Yo soy una mujer vieja, náhuat pípil. Nací en Sonsonate, un 16 de diciembre del 48. Por lo tanto, soy vieja. Mi madre y mi padre, personas originarias del municipio de Tzontzacate. Este municipio fue clasificado completamente comunista cuando fueron los hechos tan terribles de 1932.

Mi madre y mi padre no hablaban náhuat. Me mandaron a la escuela a Sonsonate. Y fui en una escuela, que ahora ya no existe, se llamaba República de Arabia. Viajaba de Sonzacate a Sonsonate. Para llegar más luego me atravesaba el río... [se corta la grabación]

En la escuela, una discriminación y un racismo terrible por parte de las compañeritas. La escuela era solo de niñas. Sin embargo, yo seguí estudiando a pesar de la gran desnutrición que tenía; siempre sacaba notas relevantes, llegaba, llevaba, este, primeros lugares. Representé a la escuela en muchos concursos de literatura, de declamación, desde que fui niña escribo poesía y cuento. He ganado concursos de juegos florales, premios únicos en literatura, en poesía y cuento. He representado a El Salvador en actividades fuera, de mujeres originarias escritoras. Y fue desde que estuve niña.

El tiempo pasó, en esos momentos quizás, como dice mi hermana lenca: “No comprendía cuál era la causa”. Yo la comprendí cuando ya fui... llegué a la pubertad. Que había algo que no era algo normal. En ese tiempo había un maestro de Nahuizalco y él nos habló a un grupo de gente joven y nos dijo que si sabíamos quiénes éramos. A ese

momento yo no sabía quién era. Pero él nos dijo que nosotras y nosotros éramos náhuat pípil, que teníamos nuestro propio idioma que se llamaba náhuat y que teníamos nuestra propia espiritualidad que se basaba en el amor y respeto hacia la madre naturaleza. Esto a mí me impactó mucho y regresé a mi casa feliz y contenta y le pregunto yo a mi madre: “Madre, ¿es verdad que somos náhuat pípil?”. Ella muy asustada me dijo, “Hija, ser indio es morir”. Fue toda la respuesta.

Yo quedé muy impresionada con eso. Y yo pensé: “¿Por qué ser indio es morir?”. Y empecé a investigar, a preguntar. En esos momentos me di cuenta que sí realmente éramos náhuat pípil, que mi madre y mi padre, no hablaban náhuat, no porque no lo pudieran, sino que era prohibido hablarlo. Y ella muy sabiamente me dijo “Ser indio es morir”. Por lo tanto aquí en El Salvador había que ser cualquier cosa menos indio o india, para conservar la vida. Sin embargo, a mí eso no me atemorizó. Empecé a investigar y a descubrir. Entonces me di cuenta, haciendo números si yo había nacido en el 48 y la masacre había sido en el 32, hacía 16 años, y yo era la tercera hija de la familia. Por lo tanto, mi madre y mi padre vivieron esa represión. Mi abuela, mi abuelo. Y mi abuela, mi abuelo vivían. Mi abuelo jamás habló de eso. En la escuela jamás lo mencionaron. Al contrario, había una maestra que nos hablaba de los gloriosos conquistadores, con esas palabras. Y nos decía que en Izalco estaba la huella del glorioso conquistador, la bota y hasta hacía señas, la bota del conquistador, decía, en una piedra. Yo fui a ver esa piedra después.

En la escuela se nos enseñaba una historia falsa. Una historia oficial. Una historia escrita a conveniencia de las personas que estaban gobernando. Y nuestra verdadera historia se iba perdiendo en el silencio de los tiempos. No se hablaba de la masacre. Jamás se habló. Nunca se mencionó. Lo supe por otros medios.

Bueno yo fui creciendo. La discriminación sí era marcada. La vida no fue tan buena conmigo. Yo trabajé de todo, vendiendo en el mercado. Mi madre iba a vender al mercado y yo a la par de ella con un canasto en la cabeza con frutas, plantas, de todo. Mi madre lavaba ajeno, ella decía: “En las casas grandes”, decía ella. Se refería a las personas con dinero de Sonsonate. Yo lavaba a la par de ella. Íbamos a lavar al río o íbamos a lavar a la casa grande, como ella decía.

Después de adolescente, yo también lavaba ropa ajena. Trabajé de empleada doméstica, pero allá le decían “cholera”, la criada. Entonces yo fui cholera, criada, cuidando niños, haciendo limpieza. La vida fue dura. Sin embargo, yo traté de superarme.

Ya un poquito grande, yo continué estudiando. Y logré sacar el bachillerato. Aquí estaba haciendo cuentas que a los 27 años entré a la Universidad Nacional. Pero era el año 1975. Ese año empecé. Por lo tanto, yo solicité mi ingreso en el 74. Me hicieron ahí un estudio socioeconómico y me dieron una beca. Ese año, el gobierno de El Salvador masacró a los estudiantes universitarios. Bueno, la madre naturaleza no quería que yo muriera en esos acontecimientos. Y ese año me salió un empleo, ya siendo bachiller. El empleo me salió en el Ministerio de Agricultura y Ganadería y me fui a trabajar allí, pensando que iba volver a regresar. Eso no sucedió nunca. Pero preservé la vida, lamentando las demás hermanas y hermanos que fueron asesinadas por el gobierno.

De ahí para allá, no hubo ya oportunidad de continuar estudiando, el tiempo pasó, no se detiene. Después trabajé en la alcaldía municipal de San Salvador y ahí me jubilé. Pasé 31 años trabajando. Pero en ese tiempo yo continué siempre superándome. Y cuando implantaron los tecnológicos, eso fue ya por los años 80, yo fui a estudiar al Tecnológico. Y me gradué de técnica en trabajo social. Luego, hubo una nivelación de trabajo social. Y

creo que por ahí por el 90, yo obtuve el siguiente grado académico, como profesional en trabajo social. Por lo tanto soy trabajadora social, ya en mi vejez.

Pero aparte de esos triunfos, les puedo llamar yo, también mi trabajo como denunciando el maltrato, el invisibilamiento... el hacer invisible nuestros pueblos originarios, siempre estuvo presente. Yo aprendí el idioma y lo sigo aprendiendo y lo sigo enseñando. Una palabra, dos palabras que yo aprendía, las transmitía. Y hacía saber a todas las personas que querían escucharme que éramos y que somos pueblos originarios náhuatl pípil.

A estos momentos, después que me he jubilado, me dediqué de lleno a este trabajo. En estos momentos, ahorita, yo les doy clases a 140 personas solo en el municipio de Ayutuxtépeca. Están aprendiendo náhuatl. Doy clases también en Panchimalco, en un centro privado y a personas adultas los días domingos. También le doy clases a otro grupo en la colonia Atlacat. He dado clases en la Universidad Nacional, siempre de náhuatl, aunque no con la venia de las autoridades. Porque cuando yo hablé de dar clases ahí, ahí me dijeron, que para que yo pudiera dar clases en la Universidad Nacional tenía que ser licenciada o doctora. Si no, no. Esas clases están reservadas para otras personas.

Bueno, esto no me impidió. Yo hablé con un sindicato de la Universidad y me dijeron: “Aquí hay espacio, aquí hay sillas, aquí hay café, aquí hay de todo y aquí, si usted quiere, va dar las clases”. Y así se hizo. En la Universidad Nacional yo he dado una infinidad de cursos de náhuatl, a los que yo le llamo cursos independientes, sin ningún pago, gratis. Dando mi aporte. Solamente en Ayutuxtépec es que me pagan. Y en Panchimalco. Lo demás es ¡mi! aporte. Aparte de eso, promuevo la espiritualidad y en mi enseñanza va la filosofía de no solo enseñar un vocabulario *najaní, netomunalmetel*, no. Lleva a la par esa recuperación de nuestra identidad.

A estos momentos, también he creado un Consejo Espiritual Náhuat Pípil y está en Ayutuxtépec. Tiene personas de varios lugares y ahoritita también estoy impartiendo otra capacitación u otra enseñanza acerca también de la ancestralidad. Las clases las damos, las doy, en los Planes de Renderos. ¡Ah!, también he dado clases en el Centro Salarrué y en algotros lugares.

Así es que esa es parte de mi historia personal, mis esfuerzos por mantener nuestras raíces y en lo personal digo, me siento muy orgullosa de ser una mujer náhuat pípil, de haber nacido donde nací y de que mi madre y mi padre sean personas originarias. Si hay algún tiempito o ya no. ¿Ajá? ¡Un minuto! Bueno, entonces no me queda más, verdad, que decirles a todas las personas aquí presentes que me siento muy feliz, muy contenta de estar aquí.

¡Ah!, también soy presidenta de la Asociación de Consejos de Pueblos Originarios de Cuscatan. Nuestra sede está en Catarina Masagua. ¡No digo Santa Catarina! En Catarina Masagua, Sonsonate. Nosotras entramos siguiendo la carretera a Pedro Puxtlá, ¡no San Pedro!, a Pedro Puxtlá. [risas] Es parte de mi rebeldía, es parte de mi identidad. Ayer fui clara al decir que no soy católica. Y que dentro de mi enseñanza hago ver la realidad. ¿Qué fue lo que la Iglesia católica hizo con nuestros pueblos originarios? ¿Qué fue? ¿Cuál es el aporte que le dio a los pueblos originarios, no solo aquí, sino que en otros lugares?

También quiero decir que soy miembro de la Coordinadora Nacional de Pueblos Originarios de El Salvador, electa el 11, 12, 13 y 14 de octubre del año pasado en Ayagualo. Esto, pues, fue un acercamiento, un esfuerzo de la Secretaría de Inclusión Social de la República de El Salvador. Solamente, muchas gracias.

Juliana Ama de Chile (náhuat, sobrina nieta de Feliciano Ama, mártir de 1932, Directora del Centro Educativo de Izalco, El Salvador)

¡Chimoyetzáa! ¡Chimutalí karan! [¡Pónganse de pie! ¡Siéntense ahora!]

Todos: *Chimutalí karan.*

Yektunal chipiamuchí nahanotuwei Juliana nemitignete Chamichalku. Soy Juliana Ama, vengo de Izalco. Y para mí es un poco acomodarme a lo que está sucediendo acá, ¿no? Pues ignoraba y quizás venía como haciendo un poco de reclamo a los que me fueron a traer, porque es parte de la discriminación. ¿Verdad? El no... y que esté yo frente a ustedes esta mañana, es para mí un poco difícil de acomodarme. Pero cuando hay voluntad, cariño, aprecio, afecto, respeto y agradecimiento, no le decimos “no” a ciertas cosas y estos momentos para mí son bien importantes. Quiero decirles que comparto con la Natzini. Soy mayor yo unos meses más que ella. Yo nací el 16 de enero de 1948. Y estoy por cumplir 64 años de edad. Y hablar de mi vida en 15 minutos definitivamente es, es... Pero vamos a tratar, verdad. Y al final quisiera pedirle a los del calculador del tiempo, que si me falta un minuto, me voy a despedir al estilo izalqueña, soy izalqueña, pura india.

Y como yo no sabía, porque yo venía preparada con una presentación de lo de 1932, verdad. Yo para eso venía preparada y aquí está mi presentación. Pero ya cuando venimos y me explican la temática, que es esto, y esto, y esto, entonces me estoy acomodando. Si tengo algún error por favor me disculpan. Pero sí, que esa partida de nacimiento me enorgullece porque ahí dice que soy ¡hembra, indígena, ilegítima! Verdad, eso dicen las partidas de nacimiento anteriormente y por un decreto legislativo fue que nos quitaron esa palabra. Yo me siento orgullosa con esa partida de nacimiento. Y si hubiera sabido que de esto se trataba, yo la traigo, verdad. Pero como hasta hoy me estoy dando cuenta, espero que me entiendan.

Pero yo he sido una mujer hija de padre y madre cien por ciento indios, como aquella palabra, verdad, discriminatoria. Mi mamá con su vestimenta, así como lo ando. Y es por eso quiero explicarles a las hermanas guatemaltecas que para 1932 los telares de nuestros abuelos los quemaron. Y es así como mi mamá se queda percibiendo esta vestimenta con los de Guatemala. Llegaba un señor que se llamaba Lupe y él andaba en las casitas dejándolos fiado. Y es así como mi mamá hasta la muerte portó su vestimenta.

Entonces, mi papá, Higinio Feliciano Ama, tenía el nombre segundo de tata Feliciano. Y el tata Feliciano era tío de mi papá. Por lo tanto, yo me siento orgullosa porque mi torrente sanguíneo es cien por ciento indígena, y creo que el espíritu del tata Feliciano en toda la familia Ama está revelado en mi persona. Porque de toda la familia Ama que hay, no todos nos gusta hablar del tata Feliciano y yo lo hago con mucho orgullo. Pero quizás en el proceso de mi vida, el momento más sagrado que yo me acuerdo es que me puse zapatos cuando hice la primera comunión. Y en el desarrollo de mi crecimiento, con las dificultades económicas, porque mi papá fue un gran agricultor, y mi mamá fue una gran comerciante y una trabajadora de casa grande como dice la Nansi, ese ¡eh!, fue hija, fue hija de ellos. Y a temprana edad pues nos enseñaron mucho el comercio.

Cuando yo... Yo estudié en una escuela indígena, allá en Izalco hubo una escuela de indígenas y hasta tercer grado lo hice yo ahí. Cuando yo llego a la escuela y quizás tenía como un... en quinto grado, yo me acuerdo que en determinado momento yo me sentí tan mal de que me dijeran en las clases sociales que estábamos tratando el tema de historia, me sentí tan mal que me dijeran “Julia la comunista”. Y yo no me di momento de disciplina y yo me salí corriendo y yo me fui para la casa y llegué llorando. “¿Qué te pasa?”, me dijo mi mamá. “Es que me han dicho esto”. Y como la palabra “comunista”, siempre lo hemos entendido mal, verdad, sentimos que eso, en aquella época, para mí era algo pero terrible. Y

en esa tarde empezó mi papá a narrarnos, a narrarnos y especialmente a mí. Con su poca expresión que mi papá tenía, pero yo ya empecé a conocer eso de la gran situación que mi papá y mi mamá vivieron por esa persecución. Mi papá logró vivir 96 años y que él con su tristeza y en cada momento que le preguntaban, eran las lágrimas. En cambio, mi papá tiene un hermano que se llama, que se llamaba, porque ya murió también, mi tío Juan Ama y él con lujo de detalle y con una expresión, él contaba cómo sucedieron los hechos de 1932. Entonces en ese momento que yo me voy para la casa como pequeña, empieza a nacer en mí un descubrimiento por saber más de 1932.

Y fui creciendo, saqué mi plan básico y dijo mi papá que yo ya no podía seguir estudiando porque teníamos que esperar que mi hermana que iba delante de mí saliera de oficinista. Pero, yo le digo a mi mamá, “Bueno, yo no puedo perder un año, mejor me voy a ir con usted a vender. Y lléveme, desde el día viernes para Juayúa.” Yo admiro, quiero y aprecio la ciudad de Juayúa, porque allá dormíamos en los andenes y el día sábado y domingo yo vendía coco. Yo le puedo destapar un coco en la mano, yo se lo puedo sacar en carne, yo... y en la mano. Tengo eso ya, porque de esa forma logré sacar mi título de maestra. Soy maestra normalista y logré salir adelante. Eso sí, mi mamá siempre me vestía con tela de refajo, pero me hacía vestidos, me hacía la falta de refajo y me la ponía la blusa de poplin, siempre mi mamá me vestía así.

Cuando yo ya empiezo a trabajar y por la situación social, verdad, y que no hemos estado educados ni hacer momento como salvadoreños, porque hemos perdido nuestra identidad y me da tristeza cuando atravieso la Juan Pablo II y me dicen ahí: “Bienvenida, señora chapina”. Me da tristeza y me da cólera y contesto inmediatamente. Porque todavía como hemos desconocido nuestras raíces, creemos de que no tenemos identidad y todavía estamos y aquí estoy yo, pues. Entonces yo con eso de maestra pues he logrado salir

adelante, después de maestra había que trabajar en tercer ciclo y sacar la docencia II, docencia III. Y lo hice. Y me sometí a un tercer ciclo y siempre inyectando a los niños y a las niñas sobre los sucesos de 1932, aunque con mucha dificultad, porque ese tema en Izalco es pero... todavía un poco de miedo. Y luego, siendo yo maestra de tercer ciclo, siempre ha sido ese entusiasmo de andar tres pasos adelante de mi posición donde estoy. Me gusta leer mucho y decía yo: “Bueno...” Me pasaron, me trasladaron a una escuela de niñas, y ahí la directora se jubiló. Y decía yo: “Bueno, yo veo que este proceso en esta escuela es un poco deficiente. No, esto necesita que alguien lo tome”. Y entre los maestros eligieron a otra señora, pero dije yo: “No, yo me voy a presentar a la oficina departamental y voy a exponer mis sentimientos de identidad, mis compromisos al rescate de la historia de la cultura”. Y así fue, le gustó al señor y al año siguiente él me llegó a dar la toma de posesión. Y es así como yo logré gobernar una escuela con 1200 niños casi por 18 años.

Estoy jubilada, trabajé para el estado 40 años y siento el deseo de incorporarme más nuevamente, porque tengo el deseo.

Entonces, como maestra y con mi forma de pensar y actuar, en la parte ancestral he sido criticada, sufro en esa área, pero al mismo tiempo pido a los abuelos la intercesión, que me ayuden a poder vencer eso, porque entre los mismos maestros me cuentan de otras escuelas. “Mire, el director tal, dice que se va a poner el botón, para que tal vez así consigue él”. Porque yo a la escuela logré involucrarle e insertarle mucho los valores culturales. Y este, dicen que estoy loca, un mismo maestro me señala que estoy loca, porque me visto de esta forma. Que “¿Para qué el náhuat? ¿Para qué? Eso ya pasó. ¿Para qué hablar de 1932?” Más cuando hablo de un documental que está y que se llama “Ama la memoria del tiempo” y allí aparezco yo. Y, bueno, y todo eso una serie de calificativos pero que al mismo tiempo yo trato la manera de invocar a los espíritus de los abuelos y les pido

mucha intercesión para que no vaya yo a bajar la guardia, y seguir adelante. Porque una de mis proyecciones es el otro año someterme a la Escuela Superior de Maestros y sacar la Maestría en Estudio Social.

Hemos recibido muchos diplomados en náhuat por la Universidad Don Bosco y eso como que me va a dar créditos y quiero seguir adelante. También soy protagonista de la organización José Feliciano Ama y nuestro compromiso es hacer la conmemoración del 22 de enero. Porque el 22 de enero para nosotros y para mí es una fecha muy especial, es reivindicar esa sangre derramada de 1932 y cuando iniciamos esas conmemoraciones fui sujeta de muchos señalamientos y de amenazas. Porque el Partido en funciones [Alianza Republicana Nacionalista, ARENA] era contrario al que estamos ahora. Decía que de eso no podía. Y con miles de dificultades desde el año 2000 nosotros venimos haciendo esa conmemoración. Y tenemos mucha asistencia de los Estados Unidos y la gente de Izalco es poca, pero poco a poco se ha venido como uniéndose al esfuerzo. Hoy, el 9 de agosto [2011], el presidente de la Asamblea, don Sigfrido [Pérez Morales, diputado en la Asamblea Nacional de El Salvador (2010-2014)], y no traje la fotografía, porque en el momento que estaban develando, llegó mi primo José Ama y nos abrazamos y tomamos una foto y ordenó rápido la engrandecen, más grande que esto y al rato me andaban buscando para dármela. Porque él develó una placa de uno por ochenta. Y dice *Naha Palewía Chidagatu*. “Por favor, silencio”. Es como un estilo de pronunciamiento.

Entonces, las conmemoraciones para nosotros, pues, han sido un reto. Ayer estuve en Ciudad Mujer [complejo de servicios públicos orientados a la atención de las mujeres], acabamos de hacer una filmación cuatro mujeres sobre el día de la mujer indígena y me entregaron el CD y lo veo, si hubiera sabido que de esto se trataba pues lo hubiera traído.

Pero sí, me siento orgullosa de todo lo que he venido haciendo y seguiré luchando hasta la muerte.

Y además de eso, la vida me ha golpeado mucho. He perdido dos hermanos, he perdido a mi madre, he perdido a mi papá y he perdido a mi esposo. Pero aquí estoy luchando por una identidad, por Izalco, El Salvador... y que nuestros hermanos centroamericanos que están acá sepan que en Izalco hay indígenas. Que he visto un video donde el señor Araujo dice: “¿Y cómo en El Salvador hay indígenas? ¡Eso no!”. Y aquí estamos. Así es de que quiero... Mis anhelos son, son grandes. Por ahorita estoy jubilada, pero asesoro a un grupo de maestros de un colegio de una madre y les doy clase de náhuat a los niños. También quiero que todo Sonsonate, en todas las escuelas, se de nuestra primera lengua en náhuat. También voy a apoyar esos valores culturales, la sabiduría ancestral, eso que tenemos ahí. Y voy a ayudarle mucho a las señoras mayordomas y todas las señoras que llegan a las cofradías que conozcan sus derechos y seguir conociendo más de la medicina ancestral, esa espiritualidad. Y ser una mujer muy importante.

Yo les digo a mis hijos: “Soy una mujer izalqueña, pero no del montón. Y así tienen que ser usted”, le digo. Tenemos que tener una cualidad de mujer indígena que nos haga la diferencia a todas.

Yo felicito a todas las presentes acá, por decirles de que tratemos que cuando un pueblo olvida su historia, cada día se enlaza con la muerte. Y que no hay más terrible eso de que la traición de la justicia es el olvido. Nos vamos olvidando cada momento, nos estamos sumergiendo en un modernismo.

Quiero despedirme al estilo izalqueña y ustedes me van a contestar:

¡Jeeuuuu!

Cuando llego a mi casa, me pongo a pensar y digo:

¡Jeeuuuu!

Para qué quiero la cama, si no hay nadie quien duerma conmigo:

¡Jeeuuuuu!
Toda la noche pasé con el rosario en la mano:
¡Jeeuuuuu!
Toda la noche pasé sentada en tu cabecera:
¡Jeeuuuuu!
Con el rosario en la mano pidiendo a Dios que te mueras:
¡Jeeuuuuu!
Señora Santa Lucía, por los milagros que hacés:
¡Jeeuuuuu!
Mi marido se está muriendo llévatelo de una vez:
¡Jeeuuuuu!
Creo que fue muy poco el tiempo.

Miriam Miranda (garífuna, Coordinadora General de la Organización Fraternal Negra Hondureña, OFRANEH, Honduras)

Buenos días, creo que es muy importante compartir con ustedes... Este es un ejercicio que cuesta a veces mucho. Vamos a tratar de contar algunas cosas de la vida personal, cuando generalmente en el proceso y en el movimiento nunca hablamos de nosotras mismas. Nunca hablamos de nosotros mismos.

Y he estado pensando un poquito a partir de la facilitadora, de lo que hablaron las compañeras, nuestras hermanas, Alicia, nuestra hermana, sobre lo que podría compartir con ustedes, créanme que cuesta pensar. Y ha sido interesante y agradezco eso porque de hecho me remonté a mi niñez con un hecho que tal vez lo he tenido soterrado, así muy soterrado. Y es que cuando estaba... entré a la escuela, yo soy hija de... Ayer les mostré de dónde nací, pero fui criada en un campo bananero. Recordemos que Honduras es una república bananera en todo sentido. Y mis padres emigraron a un campo bananero y fui criada ahí. Y en la escuela, uno de los hechos que no puedo olvidar y que aflora a veces, que yo recuerdo que en la escuela, ¡eh!, me atacaban cuando estaba en la escuela. Y era atacada constantemente con algunas palabras que en ese momento yo no comprendía, pero que yo sentía que sí eran malas. Por ejemplo me decían “morena cachuda”, me gritaban. Y yo

recuerdo, lo que recuerdo es que siempre llegaba sucia, desgarrada en mi ropa, con golpes porque me peleaba con mis compañeras. Porque no me gustaba que me gritaran eso.

Yo vivía... yo nací en una comunidad garífuna pero me crié en una comunidad no garífuna. Y en la escuela siempre era esa pelea, todos los días, todos los días llegaba golpeada, llegaba... Y mi mamá me decía: “¿Qué te pasa? Porque todos los días me peleaba en la escuela. ¿Por qué? Todos los días me atacaban con palabras racistas, con una forma de como de odio. Y yo no comprendía, yo decía: “¿Por qué? ¿Por qué me tratan así?”. Y eso es una cosa que yo recuerdo y que a veces lo he tenido muy adentro y que lastimosamente lo marca a uno de por vida, de por vida, realmente que sí.

Y en ese momento yo no comprendía lo que es este tema del racismo y la discriminación. No comprendía lo difícil que es vivir culturalmente diferente en una sociedad donde se establece que hay una cultura única y que es la que se valoriza.

Y es interesante porque en esa zona, en esa comunidad, en esa ciudad donde yo viví, fue una zona que por cierto que es bananera; entonces llegaron muchos negros que no eran garífunas, traídos para el campo bananero. Entonces muchas de esa gente su piel era más oscura que mí. Y que si podían... si de repente se les movía su árbol genealógico iban a caer muchas cabezas negras. Pero ellos no asumían eso. Sino que era un ataque.

Y quiero compartir con ustedes que tengo una hija que es adoptada, que es de piel muy blanca. Y ella se ha creado con mi sobrina que es de piel muy negra. Y vivimos en la misma ciudad. Y es interesante la relación que han tenido, porque no comprenden, ellas no, no hay identificación del color de piel, el color de la piel. Se adoran como dos primitas que son. Y hemos tenido que luchar, ya desde otro punto de vista nosotros para que ellas no sientan, no sientan lo que sentimos nosotros, porque no solo era yo, sino que mis hermanas también. Y hemos tenido que estamos peleándonos y defendiéndonos de aula en aula.

Porque una mayor iba donde la otra para pelear y defenderla, o sea, una cosa que es terrible, pues. Y eso es algo que me ha marcado de por vida y que yo comprendí que el tema del racismo y la discriminación no solo daña a los que lo sufren, sino también a los que lo ejercen. Que es un trabajo fuerte que se tiene que venir haciendo para realmente luchar contra la discriminación, el racismo, la intolerancia al ser diferente, a la persona que es diferente. Ese es un tema que yo vengo bregando desde mi vida, desde que estaba niña, no. Porque no es fácil. Vivimos en sociedades institucionalmente racistas y discriminatorias y a veces no se valora lo que es esa... Y no sé, digamos, identifica y no solamente no se identifica sino que no se toma en cuenta la gran pérdida que se tiene con esto, ¿no?, porque cuando vivimos en sociedades donde lo blanco es lo mejor, donde tenemos que dejar de ser nosotras mismas y negarnos a nosotros mismos, es una situación muy difícil. Y yo quería compartir eso porque es algo que yo, no me gusta sacar, es algo que lo tengo muy adentro. Pero es algo que también tengo que bregar con él día a día. Porque lo sufrí desde muy pequeña.

Yo solamente quiero puntualizar algunas cositas así, de lo que ha sido mi vida, o sea de lo que yo he sentido. Por ejemplo, una de las cosas ¡eh!, un poco como así, recordar un poco lo que soy yo ahora, de lo que era y he pasado. Recuerdo que cuando estaba en el colegio, una de las cosas que recuerdo es que ¡eh!, cuando me marcó la rebeldía es que hubo un encuentro de secundaria del colegio y decidí participar en esa [...] Mis padres preocupados porque estábamos en los años 80, años muy difíciles en Honduras. Con recién, ¡eh!, digamos, la revolución desde Nicaragua y recuerden que Honduras pasó una época muy difícil ¡eh!, con guerras a intensidad, represión y todo eso. Entonces decidí participar en el colegio, en una... encuentro y nos encerraron, va. Porque estamos encerrados y mis padres, pero como diciendo “Bueno ¿y qué? ¿Qué está pasando? No, o sea ¿por qué?” Y

recuerdo que es como, como la primera vez que yo tuve un encuentro con la parte organizativa, no, o sea como joven. Pero en ese momento como joven, pues no era como una cosa a dedicarme a eso, o sea fue una cosa muy interesante porque ayudó como a marcar.

Después ¡eh!, salí a la universidad y aquí fue otro rollo. Porque en la universidad me dediqué a otra cosa y me dediqué a leer. No estudiaba, sino que leía. Y tuve un problema serio porque prefería leer que estudiar. Y entonces ahí no estaba en ningún momento relacionado con la parte organizativa. Recuerdo que en, en esa época, era época donde muchos desaparecimientos, de gente organizada en Honduras, movimiento, digamos revolucionario, organizativo de los jóvenes. Y había mucha represión y había muchísimo, por supuesto, ¡eh!, ¡eh!, digamos miedo. Pero también las jóvenes en esa época con muchas ganas de estar en esos procesos, no.

Y quiero hacer un salto aquí porque quiero ligar algo que me pasó, y que... Fíjense que hubo un compañero, que llegaba y cuando uno está estudiando y sale de la comunidad y se va a Tegucigalpa, ya se imaginan ustedes todo lo que pasa, no, o sea las carencias, todas las cosas. Y ahí hay una, o sea de solidaridad muy interesante. Y había un compañero que llega a la casa, ahí al cuarto donde vivíamos nosotros y me decía: “Miren, hay una reunión de la comunidad garífuna ahí en Tegucigalpa. Vamos”. Y fueron como meses, “Vamos”, “No, no voy, no”, le decía, “no, no quiero ir”. Y un día acepté. Y esa fue mi maldición. Un día acepté. Iba a esa reunión y, pero eran reuniones de jóvenes garífunas organizados fuera de, de las comunidades, porque es algo que quiero decirles, nosotros, donde estamos, donde llegamos nos organizamos. Estados Unidos, hay una población de más de 50 mil garífunas y todos están organizados. En patronatos, en grupos o sea porque somos una familia. La comunidad garífuna es una familia extensa. Y entonces ahí pues

comencé en ese proceso organizativo. Y andaba en lo del movimiento estudiantil de la universidad y en todo lo que ya ustedes saben lo que cuando se mete uno en movimiento estudiantil.

Y con riesgos, con muchos riesgos en una época muy difícil del país, en los años 80, iniciando los años 80. Y me involucré en un movimiento de mujeres. Aquí quiero decir algo, miren, fíjense que hay etapas de la vida que como que lo marca a uno de por vida. Yo soy de una escuela de un movimiento de mujeres que se llama “Visitación Padilla” [nombre de una pionera de los movimientos feministas en Honduras]. Las hondureñas y los hondureños saben de este movimiento. Ahí estuve por mucho tiempo, ¡eh!, me iba a los barrios, me encantaba irme al trabajo de los barrios marginados en Tegucigalpa. Tuve una experiencia de conocer, de vivir esa, esa realidad de la mujer urbana, con todas las carencias; no solamente la discriminación propia como mujer, sino que las carencias de barrios, donde por ejemplo por 20 años nunca ha habido agua y que las mujeres tienen que ir a traer un balde de agua. Y toda esa situación, fue unas cosas terribles, terribles. Y ahí como que yo, digamos, me conocí como mujer y me identifiqué. Porque uno, pues, al final hay momentos que se reconoce como mujer. Entonces en ese momento aprendí mucho y aprendí también de que aún en los procesos organizativos se sufre discriminación. Estar en una organización de mujeres, aun siendo garífuna y allí me sentí discriminada en ese movimiento de mujeres. Y no entendía también. Pero también me tocó darme cuenta de que aun en esos sectores, en los sectores organizativos o como sea, el tema racial, el tema de ser diferente es un tema que se tiene que trabajar permanentemente porque no es porque digamos, todas somos mujeres y todas somos iguales, eso es mentira. Y ahí aún ahí también sentí discriminación.

Después me fui a un a... me dediqué únicamente al movimiento indígena y en los últimos años, ¡eh!, últimos años, bueno, ratos, he estado con el movimiento indígena nacional e internacional. [He] Trabajado con el movimiento indígena, con las organizaciones indígenas. Y directamente con las organizaciones y el pueblo garífuna. Hemos sufrido represión. Hay dos cosas que marcaron también mi vida en el movimiento y es que en abril del 2005 sufrí un allanamiento en mi casa, fue una señal que no la entendí. Porque al mes siguiente le dispararon a la coordinadora de... Atacaron a la coordinadora de mi organización, Gregoria Flores. Ayer un compañero me preguntó por Gregoria, ella está asilada en Estados Unidos y entonces hemos venido viviendo esa vida, de lo que significa involucrarse directamente en un movimiento, un movimiento que es el considerado más peligroso para los estados. Yo creo que eso tampoco a veces se valora. Es el considerado más peligroso porque significa luchar por los territorios, por los recursos o los bienes comunes. Y eso está catalogado por los Estados y por el imperio y por los organismos internacionales, el movimiento más peligroso, que es el movimiento indígena. Porque reivindicamos los derechos y también reivindicamos seguir viviendo y seguir valorando y seguir ejerciendo valores fundamentales como la solidaridad. La misión colectiva, eso como un sistema tan voraz como el sistema capitalista, es un pecado pensar en la colectividad, pensar en la humanidad como humanismo, que lo humano es primario antes que el capital, eso es pecado. Y esa es la lucha que nosotros hacemos dentro de nuestro movimiento y por eso somos atacados. Todos los días.

Y, pues, qué les cuento, en los últimos años colocándonos en lo que es el Golpe de Estado [2009], no tengo mucho tiempo pero quiero contarles porque creo que es importante esto, un minuto, es que también asumimos un papel muy fuerte. Aquí con nuestra hermana Berta, que hemos compartido una vida. También nos hemos involucrado en lo que es la

reivindicación de los Derechos Humanos en general, no solamente los Derechos de los Pueblos Indígenas. Por eso es que nos involucramos en una defensa de la democracia incipiente que sea, pero ahí hemos estado bregando con muchas dificultades, pero yo creo que es importante seguir en ese trabajo. Entonces eso es un trabajo también de alegría, pero también de mucha renunciación porque se renuncia a muchas cosas. Por ejemplo, a mí me hubiera gustado hacer cine, eso es lo que me gusta, me hubiera gustado hacer películas. Y no sé si hubiera tenido la oportunidad, pero me gusta mucho. Y he tenido que hacer otras cosas, pero lo hago con mucho gusto. Pero también me parece de que es importante de que ustedes entiendan dos cosas: Uno es que, para nosotros es mucho más difícil por ser mujeres y porque por ser garífuna, piel negra siempre se ve con desprecio, y me ven con desprecio. Y también, porque también tengo que ser tolerante. No sé si ustedes entienden. ¿Saben por qué? Porque tengo que dejar de ser yo también racista. Y es una cosa que a veces no se piensa, que uno podría encerrarse, bueno me miran con desprecio racista, discriminación, entonces yo voy hacer lo mismo. Y he aprendido a ser lo contrario. Y ese es parte del trabajo que hacemos todos los días nosotros también. Aceptar los demás y que tenemos que coexistir en un planeta que es único, que es de nosotros y nosotras. Y eso es una cosa que también es muy importante para nosotros, decirles de que es una tarea diaria que debemos de hacer y tenemos en nuestras casas, es aceptar la diferencia. Es aceptar que los otros que son diferentes también son valiosos, y aún a veces en el movimiento social eso no se da, aunque se esté organizado. O sea somos racistas. Muchísimas gracias.

Thelma Lucía Hernández Sánchez (lenca, Coordinación General del Consejo Cívico de Organizaciones Populares e Indígenas de Honduras, COPINH, Honduras)

Bueno, tengan muy buenos días compañeros y compañeras. Mi nombre es Thelma Lucía Hernández Sánchez. Vengo de una comunidad lenca, de Manasapa, Intibucá, y

miembra de la organización de COPINH [Consejo Cívico de Organizaciones Populares e Indígenas de Honduras]. Bueno, voy a contar mi experiencia. Pues verdad yo ¡eh!, crecí... ¡eh!, nací con mi papá y mi mamá pero ya para poder educarme, ir a la escuela, tuve que estar tres años en la comunidad donde vivía mi abuelo porque no me quedaba cerca la escuela. Ya que donde nosotros, en las comunidades, las distancias de los centros educativos es muy lejanas. Me tocó estar allá compartiendo con mis abuelos para poder yo iniciar mi primaria. Entonces, allá también la convivencia que tuve y que pude convivir con ellos... Siempre yo en ese entonces... uno no, no, no podía saber qué era lo que pasaba.

Pero también yo vivía, miraba y observaba también la problemática que se vivía en la convivencia familiar de la familia de mi abuelo. Yo veía que... Sabemos que también es verdad... el alcohol... ¡eh!, mi abuelo era alcohólico y también vivía la... Cómo él maltrataba a mi abuela o a sus hijas, y entonces nosotros teníamos que estar, ¡eh!, pues apartarnos al momento de que él venía del... Iba al pueblo,, pues, y al regresar, nosotros teníamos que salirnos de la casa para no... para... nos decía mi abuela, para que nosotros no viéramos lo que sucediera. Pero en esto, nosotros no sabíamos, no conocíamos y tampoco nosotros no podíamos defenderla a ella. Pero sí estaban sus hijas mayores, verdad, que eran las que se quedaban en la casa.

Y pasé así vario tiempo ¡eh!, luego regresé a la casa con mis padres allá también, para terminar la escuela, los otros tres años. Porque de ahí ya tenía una edad de 10 años que ya podía caminar sola a una distancia de hora y media de camino para llegar a la escuela. Pero sí, nosotros veníamos también en la escuela, los problemas que hay entre los mismos compañeros y compañeras de la escuela, pues los varones generalmente en el camino, como era largo, ellos se escondían y nos asustaban, empezaban a tirarnos piedras. Y llegamos a la escuela, le decíamos al maestro lo que pasaba en el camino que nosotros caminamos... Los

castigaba, pero al regreso que volvíamos, de vuelta las volvían a golpear a las niñas, ¿verdad?

Luego también, lo mismo pasaba en la casa, pues también mi papá era alcohólico y él lo mismo hacía... Era con mi mamá más que todo el problema, verdad de golpearla. No la golpeaba, sino que la amenazaba y nosotros miramos que eso para nosotros no era correcto. Yo soy la primera pero nosotras estábamos muy pequeñas. Lo único que hacíamos es quedarnos nosotros en la casa y mi mamá salir y hasta que él, mi papá, se durmiera pues podíamos decirle a mi mamá que regresara a dormir en la casa.

Y también, de muchas cosas que nosotros como mujeres a él no le parecía, va. Siempre nos miraba con un desprecio por ser mujeres. Él estuvo muy contento hasta que nació uno de mis hermanos. Nosotras nacimos tres mujeres primero y después nació mi hermano.

Seguí estudiando gracias a mi mamá también, al esfuerzo de ella que hizo, porque ella sí le interesaba que nosotros aprendiéramos. Ella no tuvo la oportunidad de estudiar también, por los problemas familiares que había. Solo hizo tercer grado y ya no siguió estudiando. Pero ella para sus hijos y sus hijas sí era... era su sueño que tenía, de que pues con el gran esfuerzo y sacrificio que ella hiciera, que nosotros continuáramos nuestros estudios.

Seguí estudiando en La Esperanza, ya en el pueblo, en la ciudad [cabecera del Departamento de Intibucá]. Al llegar allá, se ve claramente la discriminación que hay, de que cuando uno llega de una comunidad a una ciudad... Primeramente, porque el primer día que llegamos, llegamos con vestido, verdad, de vestido. Bueno, en realidad yo no llevé el vestido lenca el primer día, sino otra forma diferente de vestido, pero no era el lenca. Pero con ser algo así, a nosotros nos miraban con desprecio, solo nos quedaban viendo y nos

dejaban aparte. Las compañeras que eran de las áreas rurales nos juntábamos todas y las demás aparte. Lo mismo pasó en el proceso cuando hacíamos tareas, trabajos en grupos, ellos no, no, no querían, trabajar con nosotras. Pero, bueno, nosotros los dejamos y siempre seguimos haciendo nuestras tareas, nuestros trabajos en grupos que nos dejaban los maestros. Aparte, al momento de que nosotros hacíamos nuestras exposiciones, presentábamos nuestras tareas y ellos veían que la calificación era muy buena, a veces nos daban todos los puntos los maestros. Ellos nos decían que los anotáramos y que nos iban a dar el dinero que nosotros habíamos gastado. Pues nosotros les dijimos que no quisieron trabajar con nosotros, que no íbamos a anotarlos y que no era correcto.

Seguimos estudiando. También a veces hay muchos maestros que nos dicen que nosotros los que veníamos de las comunidades, más bien nos hubiéramos quedado en las comunidades trabajando y no estar estudiando porque sí había compañeros que no, no tenían mucha capacidad de conocimientos. Pero es por lo mismo que uno en una comunidad no tiene... no es... Por lo mismo que las situaciones que vive, es humilde, no habla, no participa, pero ahí, entonces, ellos lo tratan de humillar más, en vez de motivarlo a participar. Entonces, eso veíamos nosotras con las otras compañeras y yo también, verdad. También, cosas que nos decían los maestros y maestras, algunos, verdad, todos no. Y seguí así, bueno, hasta con mucho sacrificio también. Hasta poder, hasta poder graduarme, porque igual en la casa donde nosotros... nosotros tenemos que alquilar o buscar alguien que... o trabajar para poder estudiar, porque tenemos que alquilar cuarto, entonces lo mismo pasaba. Trabajé como seis meses, pero la señora nos decía... bueno también ella nos maltrataba, nos ofendía con las palabras. Seguimos... yo me gradué y, este, me gradué.

Pues allá también para uno, para encontrar trabajo es muy difícil porque es por medio de política, o si no es por medio de que sea uno, que sea, verdad, tenga un carácter muy... o la forma física muy bonita. Si uno es de la comunidad, no le quieren dar trabajo. Pero entonces yo presenté mi currículo a lo que es la organización de COPINH y... Yo me gradué de perita mercantil y entonces ¡eh!, bueno, ahorita ellos me dieron la oportunidad de trabajar. Inicié trabajando, inicié como empleada de auxiliar de contabilidad en la organización. Y nosotros manejábamos el control administrativo y poco a poco yo miraba, yo observaba el trabajo de lo que hacía la organización y de que muchas cosas que yo había vivido, pues ya las sabía distinguir muy, muy claramente de lo que, de lo que pasaba. Por ejemplo, ya pude distinguir de lo que había en la familia era la violencia doméstica. Y lo que había pasado en la escuela era una discriminación, verdad. Ya podía distinguir lo que había transcurrido en el camino, en el paso de mi vida, verdad.

Y seguí trabajando, luego como un año y medio. Miraba y observaba y escuchaba y veía la gente, cuando hacíamos las giras. A veces salíamos nosotros y yo trataba de entenderlo que había sido de mi vida más atrás y también de entender a la gente y comprender, porque a veces uno piensa, a veces uno vive de una forma, o tiene otros problemas que no son los mismos, pero ya ve la gente que tiene otros problemas más y de que la gente se motiva a seguir luchando, verdad.

Entonces, después de eso... Antes, se me olvidaba de que al momento de la matrícula, cuando yo, cuando nosotros, seguí estudiando, cuando fue la matrícula de la universidad, siempre los de las áreas rurales éramos los últimos en matricularnos y si teníamos un índice de 70, 80 por ciento... Y allá lo mismo, cuando llegué en la universidad, pues nosotros nos presentamos, como nos presentamos acá, de dónde venimos, de dónde vienen y dónde trabajamos. Bueno, yo mencioné que yo trabajaba en la organización

COPINH. Desde ese momento los maestros ya lo tienen a uno como decir así algo fichado, decirle de que esa persona pertenece a tal organización y ya saben el trabajo que hacía la organización. Entonces, ellos empezaban, cuando daban sus clases... Más que todo, no trataban de exponer bien, sino que siempre hablaban enfocándose a contradecir a la organización en que uno trabajaba o a los dirigentes de las organizaciones. Y a veces nosotros los contestábamos y nos decían pues que nosotros a lo que veníamos era estudiar y no andar en la calle con las organizaciones, porque nos decían “si no trabajamos, no comemos”.

Y seguí trabajando. Luego me pasé también más que todo ya a trabajar. Después de ser, de estar en la contabilidad, pasé como promotora comunitaria, a ya más trabajar de fondo con las comunidades. Y ese momento fue una experiencia muy bonita, fue donde yo conocí la realidad de todo, de todo, hasta conocer la misma historia del pueblo lenca, porque a veces en los colegios no lo enseñan o le enseñan otra cosa, y uno ya vive la realidad y la convive también. Empezamos a trabajar allá en la comunidad y a ver en el campo de educación. Nosotros, ¡eh!, yo, pues, ahí fue donde yo conocí la realidad de lo que sucedía y de, de ver cómo la gente sufría. Y también la realidad en que se vive en las comunidades.

Y además conocí... porque aquí tuvimos convivencias ya con los demás pueblos indígenas. Ya nosotros salíamos a impartir capacitaciones o a tener encuentros con los demás pueblos. Ahí donde, pues, nosotros conocimos de que la gente... Yo por mi parte a mí en el campo de educación, pues, bueno, lo que veíamos en los colegios hasta en las universidades, era diferente porque a veces tampoco no nos enseñaba nuestra propia realidad, sino de otros porque los libros no están basados en el contexto de la realidad educativa de Honduras, sino que se basan en otras formas. Y también las formas de

educación no responden a las necesidades propias que hay en nuestro país, sino responden a formarnos en base a que nosotros nos vayamos a lo que es el... a las líneas del capitalismo, del neoliberalismo, verdad.

Y también, mi experiencia también en comunicación. En COPINH hay una escuelita de comunicación, pero yo desde la curiosidad y por la curiosidad, pues uno, ya pues más o menos sé operar en radio. También, como mujeres estamos también igual, editar cuñas y estamos en ese proceso de formación.

Luego también yo, como mujer, ya después estuvimos entrando más en los espacios de mujeres que hay dentro de la organización, porque ya mi conciencia cambió, mi forma de pensar y de ver... Y entonces he estado en lo que es... estuvimos participando en la Corte Popular de Mujeres, donde, pues, ahí lo mismo lo que estamos diciendo hoy. Tomamos la palabra como cada una de mujer, hablar sobre nuestra vida y de decidir, de pensar, en donde muchas, muchos y muchas, a veces jóvenes y mujeres pues no, no sabemos diferenciar los tipos de violencia que sufrimos. Pues ahí tuvimos, verdad, la de diferenciar y hacer nuestras propias denuncias y demandas en cuanto al problema sufrido personalmente. Y ya de que nosotros como mujeres tenemos nuestros derechos, además de que yo tengo mi propia autonomía, nada más que en este país no lo respetan. Pero nosotros tenemos, verdad, esa autonomía como mujer. Y nuestras propias decisiones de que se respeten nuestra propia soberanía como mujeres, verdad.

Y pues, el año pasado pues también, verdad, como jóvenes, nosotros, nuestro trabajo... Pues el año pasado fui nombrada miembro de la Coordinación General de COPINH y estamos hoy trabajando fuertemente con la organización, con toda la base.

Yo encuentro, verdad, que todos los que estamos compartiendo nuestra experiencia, hemos pasado por un proceso difícil, pero que al final lo vamos a lograr, porque yo ¡eh!,

yo, el ser lenca, mi identidad está, verdad, en las prácticas que yo he hecho. Por ejemplo, la espiritualidad, las culturas, porque una que me identifica como ser indígena y ser lenca es que yo... Bueno, es que la relación que como nosotros tenemos, como la relación como mujer con la naturaleza, nos relacionamos con el maíz, con el agua y con la tierra, y por lo misma, la defendemos. Y también por nuestras culturas, nuestras costumbres, verdad, nuestras costumbres tradicionales que hay. Así un poco breve. Tradicionales porque nosotros allá, pues, nuestra espiritualidad está en no creer; en creer la propia espiritualidad indígena. Por ejemplo, nosotros a veces tenemos problemas de salud, que no lo vamos a encontrar en la medicina con químicos, sino que está a través de fumar un puro, verdad. Y viene la creencia de espiritualidad indígena de estas tradiciones, de las composturas verdad, al agua, al maíz, a la tierra, verdad, que lo consideramos como nuestra madre tierra.

Y el tiempo se me terminó [risa] pero hemos también luchado, yo desde ese entonces, verdad, todo este conocimiento y todo ver, conocer nuestra propia realidad, pues ahora estamos también trabajando. Pues hemos tenido la oportunidad de nosotros decidir, por ejemplo, en las asambleas que se ha realizado, la Asamblea de Mujeres, asambleas donde nosotros hacemos nuestras propias propuestas de cómo queremos cambiar a Honduras. Por ejemplo, nosotros llevamos el trabajo de la Asamblea Constituyente Autoconvocada de Mujeres Indígenas y Negras de Honduras, que vamos por el camino de la refundación de Honduras. Y seguimos luchando nosotros y enfrentándonos también a todos los ataques, que hay militares de todo, de toda la oligarquía hondureña. También luchamos por nuestros derechos como mujeres indígenas y también por los bienes naturales. Y bueno se terminó el tiempo.

Santos Román Mercado Méndez (chorotega, Secretario del Alcalde de Vara de Monimbó, Nicaragua)

Soy Santos Román Mercado Méndez. Vengo de Nicaragua, de Masaya, donde muchos le dicen la tierra de las yucas, pero mi originalidad es de Monimbó, y en un tiempo tuvimos lengua nativa, pero por lo que ustedes saben que ha pasado en América, la destruyeron. Mi identidad es chorotega. Vengo hablar por parte de Monimbó. En la primera parte [de mi presentación] va a ser de Monimbó y la segunda va ser parte de mi experiencia.

Los primeros abuelos y abuelas que poblaron Monimbó, lo hicieron en un lugar... o cerca de la playa. En Masaya tenemos la playa en Masaya, pero si pasamos por Nindirí, decimos que la playa es Nindirí. Ya cuando llegamos a Masaya, la playa es Masaya. Cuando llegamos a Monimbó, la playa es Monimbó; cuando llegamos al Arenal es la laguna de Heredia, verdad, pero es nuestra misma playa. Pero así nosotros la compartimos. Entonces mis primeros ancestros eran cazadores, vivían de la pesca, cultivaban mucho el maíz, la yuca, el camote, entre otros. Nuestro cacique, además de cuidar a la identidad, era muy estudioso de las estrellas, muy científico. Entonces, ¿ya les dije cómo se llama Monimbó, verdad? No les he dicho. Sacamos conclusiones, si estamos los primeros que estamos ahí cerquita del agua, entonces Monimbó se llama “lugar cerca del agua”, eso es Monimbó.

Uno de nuestros principales caciques en la zona de Masaya, pero que pega con Granada, es nuestro gran Diriangén. Aquí hay nicaragüenses y dicen que los hermanos de Diriamba... es el cacique de Diriamba. No, es Diriá.

Y este joven, cuando apenas tenía 17 años, él, verdad, aprendió todo lo que sus ancestros enseñaron, principalmente la macana, la flecha y todo esto, pero principalmente respetar nuestra madre tierra, respetar nuestras aguas, todo lo que da nuestra identidad.

Sin embargo, a la llegada, en 1523, de Pedrarias Dávila y su gente, verdad, que llegó por el istmo de Rivas, él no creyó en ciertos momentos que esta gente venía en son de paz, porque ya había sabido a través de otros que esta gente era la que venía destruir nuestra gente. Entonces a la edad de 27 años [...]. Él tenía un mechón así [hace señal sobre la cabeza], que era, le había quedado... y enfrentó un 17 de abril de 1523, si mal no recuerdo, a la invasión española.

Luego, verdad, se siguió, se siguió hasta llegar a 1821 que se creyó que nosotros nos independizábamos, pero eso fue falso. Porque claros debemos de estar que se fueron los españoles, pero quedaron los hijos de los españoles, que tenían más ganas de ser ricos que los mismos españoles. Entonces es peor la cosa, es peor la cosa.

Entonces, verdad, siguiendo esta trayectoria de la república, están las grandes guerras entre los liberales y conservadores. Y en medio de eso el 24 de agosto de 1956 nace Santos Mercado Méndez. O sea hay guerra intestina entre liberales y conservadores. Pero ya hay una dictadura que se llama de los Somoza. Los que han leído... creo que los hermanos jesuitas saben mucho de esta historia, porque es parte, pues, de geografía e historia que ellos deben de conocer. Ya de 23 años de dictadura somocista, ya no solamente tenemos la invasión, no solamente tenemos los hijos de los españoles, sino tenemos también la dictadura que llevaba 23 años.

A la edad de ocho años, mis padres me llevan a cultivar la tierra, pero donde estoy viviendo no es mío. No tengo casa. Voy a sembrar la tierra, cultivar la tierra y donde mis padres están sembrando no es de él, está alquilando, alquilándole a otro que tenía cuarenta

manzanas, mientras nosotros teníamos cero, cero en tierra. Entonces, uno de chavalo, pues, va detrás del padre, pues. Pero ya de la edad de quince años, yo comienzo a darme cuenta que en Monimbó hay un gobierno de carácter ancestral que se llama el Alcalde de Vara y su Consejo de Ancianos que antes era el Cacique y su Consejo de Ancianos. No vamos a entrar en Alcalde de Vara porque es largo esta parte de esta historia.

Sin embargo, a la edad de 17 años salgo de trabajar la tierra y un hermano mío aprendió a hacer canastos y me dediqué hacer de bambú, canastos. Por eso en Monimbó a nosotros nos dicen los canasteros. Buscan a Santos Mercado, así de nombre, no lo hallan, buscan al canastero y sí lo hayan rápido. Cosas que marcan la vida, pues, que a uno lo marca. Por un canasto, soy el canastero.

Bien. A la edad de 17 años, verdad, estoy trabajando en la fila del bambú. Pero a esa edad todavía no sé leer ni escribir. ¡Imagínese a la edad de 18 años! Hoy, uno de 18 años, ya casi está sacando la carrera o está por terminar la carrera. Sin embargo, verdad, pues todavía no. Y andaba descalzo. Porque cuando comulgué, tal vez tenía unos trece años, fue los primeros zapatos que a mí me... fueron burrones, pero me chollaron los pies y eso no me gustó. Yo andaba descalzo, cosas que marcan la vida, verdad.

Pero ya a la edad de 15 años me puse a trabajar en la fajina de los cementerios comunales de Monimbó, donde están enterrados muchos ancestros. Pero la mera verdad, las primeras civilizaciones en Monimbó están en ciertos lugares, no están en cementerios, como están ahorita, están en otros lugares.

A la edad de 18 años, sí comienzo mi primaria. Pues en Masaya, pues, ha habido algunos alcaldes que los [nos] han atropellado, pero también nos han sobado [apoyado]. Por ejemplo, este señor que era de apellido, que se llamaba Constantino Ramírez, verdad, dio prioridad para la primaria acelerada por la noche. Entonces ahí yo comencé a ir. Saqué mi

primaria pero no pude continuar con la secundaria. ¿Por qué? Porque soy un joven y la juventud en Nicaragua no podía en la dictadura, no podía andar en las calles. ¿Por qué? Porque la guardia te reprimía. Y si te hallaba un cholloncito [se toca el codo], decía que eras sandino comunista.

Entonces a los jóvenes de Monimbó, con otros jóvenes ya de mayor edad, que andaban en el Frente Sandinista, nos dicen: “Miren, tenemos la oportunidad de la segunda independencia. Organicémoslos para derribar a la dictadura”. Bien, si me siento perseguido, si me siento sin tierra, no tengo casa, y medio sé leer -no me están engañando-, pero siento que es mi forma de luchar, que tengo que luchar, porque de lo contrario, si lucho me matan, y si no lucho me matan. Porque cuando uno no anda haciendo nada, dice: “Yo no estoy haciendo nada, ¿por qué me van a hacer algo?”. Pero cuando uno ya está metido en un rollo tan peligroso como este, uno tiene que esconderse. Y así uno tiene que esconderse, verdad.

Y ya para 1976, pues, yo ingreso, pues, a las filas del Frente. Y el 17 de octubre de 1977, pues, ya un mi primer trabajo como correo en el ataque del comando del 17 de octubre en Masaya. Y ahí sirvo como correo.

Bien, seguimos con la historia, verdad. Y del 22 de enero al 26 de febrero, se da insurrección espontánea de Monimbó. ¿Por qué espontánea? Es cierto que ya había una organización de este tipo, pero no había mucho y al final sí nos organizamos los monimboseños a la par del Alcalde de Vara, un señor ya de 75 años de edad y hicimos la insurrección popular de Monimbó. Por eso, a Monimbó se le conoce como la cuna de la insurrección popular, y no es porque se le haya dado un título así de fácil, pues, sino un título que lo ganamos a sangre y fuego. Ahí murieron no solo un monimboseño, murieron cantidad. Y el 9 de septiembre de... La Guardia -como saben, los monimboseños somos

rebeldes, como en 1811, 1812- nos pone un comando dentro del corazón de Monimbó, comando donde hay más o menos unos 70, 80 guardias nacionales. Que era lo más difícil en ese momento -ahí me disculpan la gran palabrota- que parió el imperialismo con Somoza. Era lo más difícil que podíamos tener nosotros. Sí, verdad, el 9 de septiembre de 1978, yo, mi persona, verdad, integré el comando 9 de septiembre y lo tomamos. Mataron a tres hermanos, sin embargo, verdad, sí logramos hacer el trabajo.

El Alcalde de Vara en ese momento, señor... llegó a mi casa sabiendo todo el estado de rebeldía que habíamos tenido antes, llegó a proponerme que fuera miembro del Consejo de Ancianos. Apenas tenía 38 años y el Consejo de Ancianos en Monimbó es de 50, es de 50, pero a mí me buscaron a los 39 años, 38 o 39.

Bajo preguntas y respuestas y esas cosas, a la cuarta reunión les dije que sí. Y comencé como miembro, verdad. Hoy, me encuentro con ustedes, primera vez que estoy fuera de Nicaragua tomando una gran experiencia, primera vez que estoy fuera de mi territorio y contándoles qué ha marcado mi vida, por qué soy luchador y por qué cada uno de nosotros debemos y estamos en la urgente necesidad de que los pueblos indígenas surjan, porque nosotros somos antes de la Colonia, con la República y con todo lo que puede venir. Lo que pasa, verdad, es que tal vez unos todavía no hemos tomado conciencia, unos no hemos tomado solidaridad, otros no hemos tomado afecto a esta lucha porque es difícil.

Los hermanos, como Miguel, Miguel que está por aquí, los que ahora los conozco, Miguel Ángel, no Miguel Ángel González, sino otro Miguel Ángel que anda por aquí, que creo es de Guatemala, de El Salvador, con la exposición que ha hecho, ¡hombre!, más que sobra decir, “este hombre es de ya, ¡cuántos kilómetros caminados en la comunidad! No

uno, cien”. Por eso, verdad, en la mañana les decía que aquí estamos tres segmentos muy importantes, los jóvenes, las mujeres y nosotros los que estamos más adultos.

Y ya para terminar, verdad, quiero decir de que el Consejo de Ancianos de Monimbó está conformado por hombres y mujeres, pero desde que yo entré eran solamente hombres. Entonces una de las luchas que yo comencé dentro del Consejo de Ancianos, no simplemente luché, verdad, no solo en eso que les dije antes, sino que se rompiera este hielo, “¿Por qué solo hombres?”, pregunto yo. Me dice uno, “¿Qué tiene las mujeres aquí?”. “No”, le digo, “pero es que la mujer es importante. Si la mujer es importante ¿por qué no puede estar aquí?”, le digo. “¿De dónde naciste vos? ¿De un hombre?”. “No”, me dice, “de una mujer”. “¿Y entonces, por qué no están las mujeres aquí?”.

Rompimos eso y hasta de tal vez ya hace 12, 12 años atrás, ya hay mujeres. A final del siglo entraron mujeres al Consejo de Ancianos. Hoy hay 3. Hoy hay tres, pero seguimos trabajando, verdad.

Y en otro momento ya hablaremos de nuestra cultura, porque somos muy ricos en cultura. Masaya tiene títulos de capital del folklor nacional, pero es de Monimbó que nace, ahí nace el güegüense, de ahí nace nuestro venado, de ahí nace los negros del mozote, de allí nacen los grupos de bailes de indita, el grupo de bailes de negra, etc., etc. No venimos preparados, si hubiéramos venido un grupo más grande, tal vez hubiéramos ido a Nindirí y hubiéramos bailado folklor [...] [risas]. Gracias.

Apolonia Bejarano (ngöbe de Costa Rica, nacida en Panamá)

Buenas tardes. Ahora al principio, al inicio del Seminario, yo di mi nombre, algunos lo pudieron escuchar, ahí está puesto en la pizarra, Apolonia Bejarano. Pertenezco al pueblo ngöbe de Costa Rica. Vine por primera vez, así que me disculpan si tengo alguna

equivocación o algo porque primera vez que participo. Entonces cuando es primera vez uno como que siente un poquito de miedo, de cosas, verdad, que da como escalofrío y todo, verdad [risas].

Entonces, en primer lugar, sería hablarles de la vida personal mía, de lo que me ha traído hasta aquí, hasta este momento. Desde que un principio en que yo empecé la lucha, verdad, porque la vida es una lucha. La vida de uno es una larga lucha durante todo el tiempo que uno pueda vivir y termina cuando uno muere.

Entonces, primero, como ustedes pueden ver el mapa, los volcancitos amarillos nos representan los territorios indígenas, representan los territorios indígenas ¡eh!, como ustedes lo pueden ver. Tenemos cinco territorios indígena ngöbe en Costa Rica. Yo estoy en el último, en este que está aquí, como al principio vieron el mapita, yo estoy en esta, esta punta. [Punta Burica: extremo sur de Costa Rica]

No nací ahí, pero estoy orgullosa de vivir ahí. Nací en Panamá, mis padres se vinieron para Costa Rica y yo me crié, crecí, toda mi vida ahí en ese territorio, se llama Conte Burica. Lo que voy a compartir con ustedes son tres cosas muy importantes, aparte de lo que es mi vida, el proceso de mi vida, de lo que yo he hecho. Primero que nada, en primer lugar, pues voy hablarles un poco de lo que es la discriminación de las mujeres ngöbe. Después tengo la otra parte que es educación y después el último que es la parte de una gran lucha que tenemos ahorita que estamos enfrentando y es la lucha contra las granjas atuneras en el golfo que pertenece a mi territorio.

[Muestra foto de las enormes jaulas atuneras en el mar]

Entonces, yo desde niña... empiezo con mi historia. Desde niña yo sufrí mucho porque yo podía, yo miraba, cuando yo era niña, yo miraba alrededor mío que todas las mujeres indígenas, las mujeres ngöbe de mi etnia, eran muy discriminadas, principalmente

en manos de los hombres. No se le daba una participación efectiva, digamos, a las mujeres. Todavía eso se puede ver, porque mucha gente me dicen: “Es que las mujeres de ustedes casi no hablan”. Y eso se da siempre, porque existía esa discriminación de que no se les permitía a las mujeres ngöbe poder hablar con la gente. Y menos con hombre. Siempre se le dejaba oportunidad para hablar con mujeres iguales, pero con hombres no. Entonces eso hizo que en mi niñez yo sufriera mucho por el hecho de ser mujer.

Pero yo quería seguir una lucha, a pesar de que era una niña, yo quería seguir una lucha y llegar a ser una persona en un futuro igual que todas las demás, igual que todos los hombres y mujeres, verdad. Entonces, ahí empecé luchando. Yo empecé mi escuela ya tarde, como a la edad de 14 años más o menos y ahí pude estudiar. Ahí saqué mi primaria. Luego me quedé normalmente como toda mujer, formé un hogar como a la edad más o menos 18, 19 años, pero siempre me llamó la atención, o sea, superarme y no querer ser o vivir así como yo veía que las mujeres vivían esa situación difícil. Entonces yo quise luchar por mí misma, todos los esfuerzos que yo hice, lo hice por mí misma. Yo hablaba con personas, con mujeres, con hombres y yo les contaba, verdad, la situación de cómo yo buscaría el medio para poder salir de esa discriminación.

Entonces, ya como hace más o menos unos 15 años que yo conocí una organización, que incluso ahí estuvo mi compañera que anda conmigo de Costa Rica, Rocío Loría, que ellos tenían una organización ahí, llegaron a trabajar con los pueblos indígenas y más que todo se trataba de organizaciones de mujeres. Y eso para mí fue algo muy interesante porque fue como un empujón que me dieron a mí para seguir adelante.

Entonces, ahí comencé la lucha por la no discriminación de las mujeres. Hacíamos pequeños talleres, conversaba con mujeres y seguimos haciendo un montón de trabajo en cuanto... Y logramos hacer muchos cambios que se pueden evidenciar, por ejemplo, la

libertad de las mujeres, la participación de las mujeres ngöbe en todo sentido, en el campo organizativo como también en todos los campos, verdad, en todos los medios.

Para ese entonces, yo lograba formar parte también de organizaciones de mujeres y a mí me llamaba mucho la atención. Y yo... esto no es algo fácil, verdad, porque también uno se echa de enemigo, en ese tiempo me echaba de enemigo a los hombres, porque ellos decían: “¿Por qué?” [Decían] que es un metida, que está hablando con las otras mujeres, y que no sé qué.” Entonces, algo difícil uno verse por esa situación. Pero yo lo hacía con toda voluntad y me gustaba. Y era que yo, como yo podía salir, yo quería que las otras también pudieran salir. Eso de lo que es la parte de...

Sobre la violencia, por ejemplo, trabajamos bastante este tema sobre la violencia porque, como les decía, todo es una violencia. Por ejemplo, el trabajo de las mujeres en nuestra etnia, en lo ngöbe. Era muy común de que la mujer era la que trabajaba y el hombre no trabaja y para mí eso significaba violencia, de que si una mujer tenía que llevar la carga y el hombre iba sin nada, y todas esas cosas, y las mujeres cuidando a los niños y los hombres como sin nada. Entonces eso para mí yo le llamo violencia. Igual con las niñas mujeres, por ejemplo, obligarlas a tener esposo cuando ellas no están preparadas, eso para mí como mujer, ¡eh!, me impactaba mucho. Yo me sentía tan mal. Así que, ¿por qué eso? Para mí, eso era violencia.

Entonces yo siempre quise que el trabajo fuera compartido, verdad. Entonces en las reuniones, en los pequeños talleres que hacíamos, se comentaba de que todos los trabajos tienen que ser compartidos y que ya esa discriminación ya no se siguiera dando o esa violencia, ese tipo de violencia ya no se diera.

¡Eh!, bueno lo que les contaba ahora al principio, el sufrimiento mío desde niña, cuando yo fui pequeña, sufrí por eso, verdad, por ver todas esas cosas. Tuve la oportunidad

de estudiar ya en la vida adulta, porque tampoco es que tengo poquitos años, ya estoy bastante viejita [risas]. Yo empecé mi estudio de secundaria ya en la vida adulta, porque también muchas personas me motivaron a seguir adelante y como a mí me llamó la atención mucho lo que era la educación... Yo siempre veía a los niños estudiar y yo veía las condiciones malas que había en las comunidades. Entonces yo me preocupé y una de las primeras luchas que yo empecé fue participando en Junta de Educación de la escuela, trabajando para mejorar la situación educativa en la comunidad indígena. Realizamos proyectos de aulas escolares en nuestras comunidades. Cuando eso sucedía yo era vista con malos ojos por parte de los varones, verdad, que dicen que las mujeres que andábamos así, metida en cosas del... comunal, dicen, andábamos porque queríamos andar viendo otro hombre y todas esas cosas, verdad. Entonces lo criticaban mucho a uno. Pero yo a eso ya no le hacía caso, porque ya yo me había superado en esa parte, ya yo dejaba que dijeran lo que querían y a mí no me importaba. Lo único que me importaba era ver el desarrollo educativo de los niños de mi comunidad.

Logramos hacer, aparte del aula, conseguir proyecto para hacer un acueducto también para la escuela, para los niños. Logramos hacer un puente para que los niños pudieran atravesar el río sin problema. Y todos esos proyectitos así pequeños, que a mí me llamaban mucho la atención porque eran para mi gente, para mis niños, y a pesar de que yo soy una mujer que no tengo casi, casi muchos niños, solo tengo una hija. Es lo único que tengo pero siento que todos son míos, siempre y cuando pertenecen a mi grupo, verdad. Entonces es una lucha.

Me empeñé, me empeñé a seguir estudiando y logré sacar mi secundaria hace muy poco tiempo, y toda mi meta o mi sueño era llegar a ser educadora. Siempre lo deseé, lo soñé, pero a veces había momentos que yo pensaba que ya no lo iba lograr, porque ya uno

se va haciendo cada vez más viejo y uno dice: “Ya no, hasta aquí llego, verdad, no puedo”. Pero resulta que, bueno, hoy en día mi sueño se ha hecho realidad, hace muy poquito tiempo, tengo como cuatro meses que empecé como educadora.

Y una de las cosas que más me llamó la atención en educación era impartir educación cultural de nosotros, indígenas, digamos, cultura indígena. Siempre me llamó la atención porque ahí, pues, en esa parte, yo pensaba que la cultura de nosotros los pueblos indígenas es como lo principal en todo y a veces nosotros mismos no le damos importancia a eso por andar en otras cosas. Muchas veces nosotros no le damos importancia a la parte cultural por andar metidos en otras cosas, en cosas que, bueno, pleito y política y todo lo demás. Entonces la parte cultural se nos va quedando un poco atrás. Entonces a mí como educadora me llamaba la atención siempre ese trabajo, verdad, y lo logré, mi sueño se hizo realidad. Apenas, apenas estoy empezando, pero creo que a lo que voy del tiempo ha sido muy, muy divertido para mí, las clases con mis niños, ha sido muy interesante. Les hablo mucho de la parte cultural, de la parte de recuperación de tradiciones, de la parte cultural de la etnia ngöbe. Y uno de los puntos importantes también, les hablo de la igualdad de género, verdad, de que hoy no se vean de esta manera como antes se miraban, porque muchos dicen que eso lo hacían por cultura, pero eso no va con la cultura. Eso más bien va con violencia, con discriminación. Entonces de esto, yo les hablo mucho a mis estudiantes, también, de que ojalá ellos sean ya otra generación. Que vivan la cultura pero que lo que es malo se quede atrás y se continúe con lo bueno.

Entonces estoy trabajando ahorita en dos escuelas que están fuera de mi territorio, están en otro territorio indígena, pero también son niños de... Ahorita tengo como 100 niños en total.

Y bueno, pienso que voy hacer una lucha muy grande por sacar esos niños, verdad, y tratar de imponerle, como decía, lo mejor ¡eh!, que ellos comprendan y entiendan y valoren su propia cultura que eso es lo más importante. Para mí yo lo veo así de ese punto de vista.

Una de las cosas que yo comentaba con los chicos era la palabra cultura, porque muchas veces nosotros decimos cultura, pero ni siquiera sabemos de qué estamos hablando porque hay mucha cultura en el mundo. Yo les decía: “Todos los pueblos tienen su propia cultura”. Pero que sí las culturas son diferentes. En este caso, la de nosotros, yo les hablaba que la palabra cultura encierra ocho puntos muy importantes que nosotros tenemos que poner en práctica. Por ejemplo, tenemos la educación, que no es la educación ésta de escribir, sino es la educación que se les daba a los niños anteriormente para respetar a la persona mayor, el respeto por la madre naturaleza y todas esas cosas que eso va dentro de la cultura, y después tenemos el idioma que no podemos dejar por atrás, verdad, siempre tenemos que conservar esa parte de lo que es la [el] idioma, la lengua que ahora escuché que muchos hablaron. ¡Eh!, arte, por ejemplo, que también escuché a un señor, un compañero de Nicaragua, hablando del arte. Nosotros también practicamos mucho eso, yo principalmente he vivido del arte ¡eh!, uno de los principales trabajos era eso, elaborar artesanía para vender y así solucionar mis problemas económicos. ¡Eh!, tenemos la creencia que esto no se puede quedar también. Yo les decía a los chicos que esto no se puede quedar atrás, la parte de la creencia es demasiado importante.

Muchas veces... bueno hoy en día nosotros hemos perdido parte de las creencias, porque hemos sido impuesto a las religiones y muchas veces las religiones dicen que si yo creo en este vaso, estoy creyendo en el diablo, entonces lo amenazan así de... Pero si ese

[esa] es mi creencia que yo creo que este vaso hace milagro, es parte de la creencia y uno lo ve de esa manera.

En ciencia, les comentaba yo a los chicos que tengo una escuela, que la parte de la ciencia es tan importante porque ellos se sorprendían cuando yo les dije que nosotros, los indígenas, todos los indígenas somos científicos, aunque no hemos pasado por una universidad, aunque no hayamos pasado por un montón de estudios, pero somos más científicos que cualquier científico. Y los chicos se sorprendían, me preguntaban “¿Por qué?, ¿por qué somos científicos?”. Yo les dije: “Si nosotros competimos, somos más científicos, porque podemos obtener fuego de donde no hay. Eso es ciencia. Podemos tener medicinas naturales, saber que tal planta sirve para algo. Eso es ciencia”. Entonces los chicos están muy contentos con lo que yo le [les] explicaba, verdad. Entonces que nosotros los indígenas, ahí yo hablo a nivel de todos los indígenas, nosotros somos científicos.

¡Eh!, la música, la música y la danza ¡eh!, son parte también muy importante en esto. Sí, hay bastantes cosas que hablar, pero no les voy a decir mucho, nada más y mencionárselo. La costumbre y tradición, esto sí, a mí siempre me llama mucho la atención, como ustedes pueden ver. Ahorita se me olvidó de traerme la etiqueta [el gafete], pero le decía yo a mi compañera, me puedo identificar ¿Por qué me puedo identificar? Por mis costumbres, por mi tradición. Si mi costumbre es vestirme así, donde sea que yo vaya, voy vestida así. Entonces me identifico sin tener aquella cartita verdad, que pegarla (risas).

Después tenemos la parte de la historia, que hablando de toda esta cosa, esto nos deja una gran historia y cada acontecimiento que suceda en nuestra vida es una historia, lo que hoy estamos hablando. Aquí me están señalando cinco minutos, pero dicen que tenemos más tiempo porque no están los de Panamá (risas y aplausos).

Hablarles de esta lucha me interesa también un poquito, así, no, no muy afondo, sino como mencionársela nada más. Nosotros ahorita nos estamos viendo afectados por un gran proyecto, o un monstruoso proyecto que se quiere desarrollar en el Golfo Dulce [ubicado en el sur de Costa Rica] y mi territorio indígena está limítrofe con este golfo.

Aquí, como lo pueden ver, aquí está la... Por aquí vivimos nosotros y aquí está la parte del Golfo, la playa que nos pertenece aquí en esta punta. Entonces ahí quieren desarrollar un proyecto muy grande de granjas atuneras. Entonces ahorita yo me estoy metiendo en esa lucha de defensa a ese golfo que nos pertenece y que ya hemos usado por muchos años, porque nosotros hemos sido los originarios de ese Golfo, digamos. Entonces creo que me corresponde, verdad.

Y decirles también que yo creo que toda la vida de uno es una historia larguísima. Yo creo que en un futuro voy poder tener un libro escrito de lo que es mi vida, ya lo estoy haciendo a mano. No tengo los medios todavía para poder pasarlos, porque no cuento con una computadora, yo escribo a mano, escribo mucho, me gusta leer mucho y yo quiero hacer ese libro que ya lo empecé. Ya llevo como más de 50 páginas. Porque es muy bonito, uno, hacer un libro de la vida de uno y dejarlo ahí para que al futuro también puedan guiarse por eso y también hacer valer lo que es la vida personal de cada persona.

Sería... ¡Ah!, bueno, me falta la última parte [risa]. La lucha, como yo les dije, esto no es fácil, una lucha de estas es demasiado difícil, pero no imposible, sí se puede. A veces cuando uno empieza, uno lo ve todo difícil. Cuando yo empecé con esta lucha sobre la discriminación de las mujeres, yo pensaba que ni yo misma iba poder salir, pero ya al final de cuenta uno ve que sí las cosas se pueden, se pueden lograr. Con esto no quiero decir que esto ya está terminado y que está a un cien por ciento. Hay muchas cosas, quedan muchas cosas por hacer todavía.

Pienso que ahora, ya no tanto como líder comunal, sino como educadora, me enfocaría más hacer este trabajo con madres de familia de las escuelas y también con niñas y niños de la escuela donde yo trabajo, con mis alumnos, digamos. Hablarles de estos temas, yo creo que va ser... ahora para mí mucho más fácil que antes... poder llegar a más mujeres, poder llegar a esa niñez, que puedan ellos ver el mundo de otra manera, de otra forma. Eso sería. Muchas gracias. [Aplausos]